

DULSIN: Secretos a Voces

N. Wihflywer

Dulsin: Secretos a Voces



Por N. Wihflywer

Capítulo 1

DULSIN: Secretos a Voces.

PRIMERA PARTE - 544

La rutina empieza nuevamente, cuando la difuminada y grisácea luz comienza a caer sobre los tejados, siendo acompañada por el rocío mañanero. Mientras, los pasos acolchados por los zapatos de trekking impactan contra el suelo de la calle, al bajar el último de tres escalones que separan su vivienda del resto del mundo. Se levantó y desayunó hace ya un par de horas, pero ha esperado a que la luz se asome tras las montañas para empezar su paseo. El mismo paseo de todos los días desde hace ya más de un año y medio. El color que perciben sus ojos aún es muy apagado en los lugares sombríos, pero aquellas viejas fachadas que están siendo acariciadas por la luz, relucen levemente y son coloreadas de una peculiar forma que no se volverá a repetir hasta el día siguiente, cuando Eric haga exactamente lo mismo.

Al cruzar la calle, con su paso rápido, pero no lo suficiente como para que su trote deje de considerarse “**andar**”, vislumbra las siluetas de la señora Marín y de la señora Martín, las cuales lo saludan con el común —Buenos días. —simpático y vecinal, siendo respondidas por Eric con las mismas palabras. La señora Marín y la señora Martín parecen hermanas desde que se conocieran en la niñez, han pasado toda la vida juntas. Cuando, al casarse, vivieron junto a sus maridos, lo hicieron una al lado de la otra y cuando la última de ellas había enviudado, decidieron hacer lo que todo aquel que las conociera sabía que tarde o temprano pasaría, mudarse juntas para hacerse la misma compañía que siempre se habían hecho, aunque esta vez dentro de los mismos muros. Cuando no estaban con las **cosas de casa**, dedicaban el tiempo a hablar juntas, sentadas en la puerta de su morada. El verano ya estaba pasando y había que aprovechar que el frío no era insoportable todavía para ver el amanecer,

el cual se colaba en la abierta y espaciosa plaza en la que vivían.

Los árboles no se mueven, ni los cercanos ni los lejanos, ni los que bordean los caminos, ni los que se encuentran en las montañas y cordilleras que rodean la zona. El cielo no está completamente despejado, aunque las nubes que se hallan en él no amenazan lo más mínimo con descargar ni una gota de agua. “Pronto se necesitará una chaqueta fina, pero todavía no”, piensa. El polvo se desprende de los caminos de tierra que rodean Dulsin cuando Eric los pisa con sus zapatos de trekking, envuelto en el paseo que tanto disfruta, dejando la mente vagar y concentrándose solo en lo que él considere necesario. Concentrándose en las páginas leídas la noche anterior, concentrándose en la forma y el tono en el que las señora Marín y la señora Martín le han saludado, y en la forma y tono en el cual se hablan entre ellas normalmente. Concentrándose en la complicidad y relajación que tienen algunas personas, una confianza que él no conoce y añora sin haber recordado tenerla nunca. Puede que en algún momento haya tenido ese tipo de relación en el pasado, pero es una lástima no poder recordarlo. Su memoria no es buena, es muy consciente de ello, y por eso la practica siempre que puede, le gusta mejorar, por eso desayuna fruta, pan integral tostado, huevos o pollo y no se deja embaucar por el café. Por eso pasea rápido todas las mañanas por los caminos de tierra de la periferia de Dulsin, le gusta estar en forma como contraparte de estar enfermo, le gusta mejorar en algo en lo que él pueda conseguir hacerlo tras decidirlo. Aunque las obsesiones no son buenas y lo sabe, por eso anda y no corre, por eso, en algún momento de la semana, comerá algo que no sea sano. —El equilibrio siempre es bueno. —Se dice siendo solo escuchado por los arbustos, insectos y pájaros más cercanos.

Dulsin es un pueblo precioso, precioso para mucha gente y detestable para mucha otra, como cualquier otro lugar del planeta. Aunque lo que no se podrá negar jamás es lo curioso que es en realidad. Dulsin es un pueblo vacacional, la mayoría de la riqueza local viene directamente del bolsillo de los visitantes y, a continuación, la segunda mayor cantidad de dinero, llega por el alquiler o cede de terrenos a diferentes empresas. Los locales son casi todos alquilados. En los años setenta se instaló una fábrica, que con las décadas ha ido creciendo cada vez más, y sus trabajadores gastan una pequeña parte de su jornal en los desayunos y almuerzos procedentes de los bares y restaurantes. En los años sesenta, los campos cultivables que rodean al pueblo se empezaron a alquilar a diferentes empresas de exportación y, posteriormente, de envasado y distribución de hortalizas, tubérculos, frutas y demás. Dulsin es el pueblo más pequeño en el cual se encuentran más hoteles, restaurantes, bares, piscinas y demás parafernalias que todo visitante

vacacional o trabajador de la periferia adora. ¿Tienes jornada doble y al día siguiente tienes que volver para tus ocho horas rutinarias? ¿Quizá estés de camino a la casa de campo de tu abuelita? O ¿Te has equivocado en la salida de la autovía y te has perdido? Alquila una habitación de hotel. ¿No quieres hotel? No te preocupes, tienes albergues, tienes casas rurales, pisos con vistas a la Arboleda de los Tíos y a las Montañas de los Mineros Piratas. Puedes alquilar una tienda de campaña cerca de los Árboles Hermanos, con una barbacoa tallada en piedra. Todo lo que encuentras en Dulsin tiene nombre propio proveniente de una leyenda o cuento popular de la zona, todo tiene historia, aunque casi nunca sea contrastable con los libros. Siempre encontrarás una alternativa hasta convencerte de, como mínimo, pasar por ahí si estás cerca. Los habitantes del pueblo siempre saludarán con una sonrisa a los visitantes y pocos son los que quedan con una granja o huerto propios, casi toda persona que dedique su tiempo de trabajo en el pueblo será, seguramente, ofreciendo un servicio a una persona visitante. Esto hace al pueblo de Dulsin brillar y estar completamente vivo en dos épocas vacacionales al año, una en verano y otra en invierno, aunque el resto del año pueda parecer un pueblo fantasma. Su arquitectura es antigua, aunque restaurada, pero hace demasiado tiempo, por eso sus casas y edificios son casi todos marrones, grises o amarillentos. Nada más llegar, notas que sus comienzos fueron ganaderos en épocas donde las carreteras no existían y daba lo mismo rodear el bosque o atravesarlo, aunque, tras pocos minutos, estás tan a gusto, tranquilo y apacible que decides, como poco, tomarte un café o una copa y, quizás, probar el estofado del bar Toñi, y puede que probar los helados caseros y artesanos de la Heladería Hoffman's Family; pero, espera, que esta noche hay bailes de salón tradicionales en el salón de actos con entrada gratuita. No querrás irte tan tarde tras haber pasado todo el día, pero no te preocupes, tienes docenas de opciones de tipo de cama con sus docenas de precios alternativos y uno de ellos te convencerá seguro. "Quien prueba la cena probará el desayuno" es uno de tantos dichos populares de Dulsin y, "Quien prueba el desayuno probará la cena" es otro.

Pepe levanta la cabeza de sus papeles un segundo y mira a través de la puerta, inclinando un poco hacia atrás su silla y buscando con la mirada por el pasillo algún posible movimiento. —Denis. ¿Te aclaras o no? —Comenta mientras arroja una bola de papel arrugado y la encesta en la papelera que se encuentra solitaria en la esquina, al otro lado de la habitación. Mientras, los folios aletean por el estrecho pasillo, sujetos por la firme mano de Denis. —Tranquilo, joder. No me aclaro bien, pero lo acabo encontrando todo. —Responde determinante. —No tienen ni una semana y son de investigaciones en curso, si no los has encontrado rápido es por que los guardaste mal. —El jefe de policía José Hernández Klein no puede evitar analizar los movimientos, el tono de voz y cada palabra empleada por el compañero que le acompaña desde hace tan solo un par

de meses, cuando este se mudó al lugar, mientras se sienta enfrente suya. Sus otros compañeros han iniciado sus vacaciones y solo queda disponible durante una semana el novato y más joven de los agentes. No es que el jefe de policía apodado Poli Pepe tenga demasiada antigüedad, ni él mismo sea demasiado mayor, pero su padre se aseguró durante toda su vida de que él hiciera un buen trabajo reemplazándolo en la comisaría de Dulsin y no puede evitar estresarse y pensar sin parar en lo novato que puede llegar a ser su compañero. Aunque sea ligeramente, lo piensa cada vez que hace algo de una forma que no sea la mejor y más coherente. Nunca le gritará, nunca reproducirá a través de su boca una frase que plantee su superioridad, simplemente dirá lo que tenga que decir y seguirá a lo suyo, tal y como ha hecho siempre con cualquiera. Ese día recibieron el aviso de una tercera desaparición y ambos vuelven a estudiar con detenimiento los casos para definir correlaciones y plantearse si ofrecer ya un comunicado oficial que haga saltar las alarmas. El hecho de que los tres sean personas, para la mentalidad de cualquiera, demasiado jóvenes, y que hayan desaparecido, son las únicas cosas en común. Parecen, a primera vista, suficientes como para ver con claridad que han sido todos víctimas de la misma persona, sin embargo, Pepe se niega aún a definirlo como una realidad. —Repasando. —Interrumpe el silencio Pepe y continua: —El primero fue visto por última vez cerca del callejón de detrás de los garajes de la calle Alfarero, pasaba el rato con unas ocho personas o más alrededor, sobre la media tarde. El segundo en el huerto sur del viejo Antón, ahora utilizado por Greenie CO y, según sus padres, los primos se distrajeron menos de diez minutos. Esto fue por la mañana de un sábado, antes de medio día. —¿Quién se lo puede llevar de allí en medio sin que lo vea nadie? Vaya padres, es de locos, menos de diez minutos los cojones. —Le interrumpe Denis. —¿Quién se lleva a unos críos? Las locuras las hacen los locos ¿Por qué nadie se da cuenta? Porque los padres no están encima de sus hijos todo el tiempo, una persona necesita un mínimo de libertad de vez en cuando, tanto los grandes como los pequeños. No es culpa de los padres, sino del loco o los locos. Concéntrate, que tenemos que deliberar. El tercero desapareció anoche, el más pequeño de los Beltrán Vera. ¿No pone dónde fue? —Echa la cabeza a un lado y con los ojos abiertos deja la mente en blanco durante un instante. —Vale. Vale, me acuerdo. Se supone que durante el trayecto a su casa desde el colegio. —Un pueblo pequeño como el de Dulsin, en el cual, se suele buscar e, incluso, provocar, el bienestar constante, era un lugar en el que estos acontecimientos no encajaban en absoluto. Nunca solía haber ningún problema mayor a una pelea entre gente que se pasaba con las copas, alguna discusión por limitaciones de propiedad y, sí, asesinatos, pero siempre pasionales o accidentales, si en algún momento había desaparecido alguien, había sido por ir al pueblo de al lado o, en el caso de los niños, por ir a una fiesta y cosas por el estilo y siempre durante menos de un día y medio. Pepe quería tener a mano todas las pruebas, antes de sentar el precedente de desapariciones masivas en Dulsin, puesto que sería la primera vez. Al menos, la primera vez conocida por sus habitantes y visitantes actuales. —Si son tres casos aislados no

merecerá la pena. Vamos a esperar mientras seguimos buscándolos a que vayan apareciendo y también un patrón y alguna forma de predicción para algún posible caso nuevo. Palabras de las cuales Pepe se arrepentiría más tarde.

La difuminada luz comienza a caer sobre la terraza que se encuentra junto al rojizo tejado, acompañada del rocío propio de horas tan tempranas, mientras los acolchados zapatos de trekking chocan contra el suelo de la calle. El faldón de la negra camiseta de tirantes hondea con la leve brisa. La luz ya asoma por el filo de las montañas y cordilleras que rodean el pueblo de Dulsin y Eric comienza su cotidiano paseo rutinario, mientras llegan a sus ojos las imágenes de las fachadas de las casas, sus respectivas ventanas, las antiguas farolas, las cuales algunas seguirán encendidas durante los próximos minutos y, por supuesto, de la hierva y matojos que se empeña en crecer en las juntas de los adoquines de las aceras. Su piel recibe el frío y la humedad mientras el resto de su cuerpo aun no se ha calentado por el movimiento que comienza.

Al doblar la esquina, la señora Marín y la señora Martín permanecen sentadas una junto a la otra, cada una en su silla de madera y mimbre, con la pared a la espalda y manteniendo una conversación casi susurrada para no molestar a nadie. Tras tener a Eric a poca distancia, se saludan con el —Buenos días —de cada mañana, que lanzan los tres casi al unísono. —De paseíto. ¿No? —añade con una sonrisa en la cara la señora Martín. Eric no evita la tentación de devolverles la simpatía y le contesta manteniendo una breve y cotidiana charla vecinal, la cual es solo interrumpida por la señora Marín advirtiéndole: —Vaya con cuidado emm... Joven. Sabemos que eres nuevo en el pueblo y no escuchas los cuchicheos. —Ya que las recientes desapariciones empiezan a preocupar y le ven ir de aquí para allá siempre solo. —¿Cómo te llamabas, joven? —pregunta la señora Marín desviando la mirada hacia el suelo durante un instante muy breve, gesto el cual Eric percibe. Con un amable y cálido brillo en el rostro y las miradas de ambas ya fijadas en los ojos de Eric, esperan su respuesta —Eric. Eric F. Hyde. —Responde complaciéndolas, aparentemente de una forma extraña, tras lo cual, Eric se despide simpático deseándoles disfrutar del inminente amanecer y prometiendo tener cuidado, mientras emprende de nuevo su camino hacia su rutina diaria.

Después de andar con su particular velocidad durante un par de calles, y al cruzar una de las dos avenidas principales del pueblo de Dulsin, Eric pasa por delante de uno de los cuatro bares que suelen abrir

bien temprano cada mañana, para que cualquier madrugador, o en su defecto, cualquier trasnochador, pueda tomar su café mañanero o el desayuno que le plazca. —Otro niño que no aparece, de verdad Fuentes, parece que a nadie le importa. ¿Cómo van a ser cosas de críos si ya son tres? —Escucha Eric, de pasada, la conversación de dos de tantos clientes que se preparan para enfrentar el día, en la terracita del H.G.N Bar. Ambos lo ven y lo saludan cordialmente desde los escasos cinco metros que los separan, y contesta con el mismo levantamiento de mano y agachamiento breve de cabeza, sin detenerse lo más mínimo.

Los anaranjados y dorados haces de luz, acarician la nuca calentándola levemente y proyectando la sombra de hombros y cabeza, en el terreno arenoso del que se compone el camino. El fresco se introduce en la nariz, pasa templándose por el torso y es exhalado por la boca en respiraciones cortas y constantes. En el interior de la cabeza, florecen y se marchitan ideas y pseudoideas constantemente, y solo con algo de esfuerzo, algunas de ellas permanecen durante varios minutos mientras se van estructurando de formas más concisas. Una piedra mal pisada hace tambalear el tobillo durante menos de un segundo y justo en ese momento a Eric le parece haber escuchado algo en la lejanía. El oído se agudiza levemente mientras prosigue la marcha y en el mismo instante que el aire se mueve y roza con los arbustos cercanos, se vuelve a escuchar algo. No queda más remedio que agudizar el oído deteniendo por completo el paso y buscando con la cabeza en algunas direcciones, para poder detectar toda la complejidad de dicho sonido, que ha sido capaz de llegar escuetamente hasta la posición actual desde la lejanía. Pasan uno y dos y tres y hasta varios segundos más en completo silencio, a excepción de algo más de viento, entonces, en el mismo instante en el que los recuerdos de las conversaciones captadas un rato antes se aferran en el interior del cráneo de forma inevitable y produciendo cierta sensación de incomodidad, ahí aparece, el sonido que Eric percibe como un extraño quejido de animal es completa y absolutamente desconocido por él. —¿Qué coño es eso? —Exhala al aire acompañando la pregunta con una leve y débil risa al final. Tras aguantar en silencio durante un rato más, poco a poco empieza a dar cada vez más pasos, hasta reanudar por completo su rutina de todos los días. “Por allí está la Arboleda de los Tíos” es lo último que piensa antes de olvidar el tema por completo.

A la vuelta, pasando por el mismo bar, no puede evitar darse cuenta de cómo lo observan y gesticulan entre sus charlas un grupo de jóvenes, los cuales recuerda haber visto en alguna escueta ocasión en los días cercanos. Unos de tantos visitantes.

La única iluminación que proviene de las farolas callejeras, entra amarilla por las ventanas, el libro permanece abierto y boca abajo en el suelo a escasos centímetros del sillón individual ocupado por Eric, el cual mira fijamente a los vidrios que tiene delante, sin parpadear, de forma casi perpetua. Las hojas de cristal encerradas entre los marcos de aluminio vibran y Eric las observa sin parpadear, sin apartar la mirada, con la boca cerrada, en una expresión de extraña y tranquila abstracción, —Es como una canción, una conversación. Es como un sentimiento expresado, comunicado. No es bailar. —Eric escucha una voz, un susurro, de una voz muy parecida a la suya, pero proveniente de otra entidad desconocida, una entidad que se aloja en lo más interior de su cerebro, en el núcleo de sí mismo. Los cristales vibran durante periodos de tiempo aparentemente aleatorios, esperando la respuesta de Eric, el cual no se mueve lo más mínimo, hasta que rompe el silencio corporal moviendo la cabeza y, a continuación, obligando a sus ojos a acompañarla. El pasillo no está nada iluminado, la penumbra se estanca en su interior y solo deja escapar a una forma inquietante, que se arrastra hacia la habitación. El perro sin pelo abre la boca y vomita las hojas de color amarillentas, mientras gimotea de forma casi apagada. —Es... —Dice Eric. —Es peligro. ¿Peligro? ¿Pel... ¿Peligroso? —Continúa Eric. —¿Se busca? —Balbucea Eric sin apartar la mirada del animal, que regresa al estanque de aguas oscuras que se ha formado en el pasillo. —**Vvv**. —Le dicen las ventanas vibrando, sin que él sea capaz de entenderlo lo más mínimo. El movimiento, el temblor, el rozamiento, continua cada vez más y más fuerte, más y más cerca y Eric no para ni un instante de autoconvencerse a sí mismo, de que su enfermedad le está fastidiando de nuevo, justo hoy, justo ahora, justo la noche previa a su rutinaria visita al hospital de la ciudad vecina al pueblo de Dulsin. Se convence una y otra vez de que, aunque no pueda moverse, de que, aunque no pueda echar a correr y huir, de que, aunque no pueda evitar que esas imágenes y esos sonidos, nacidos por su confusa cabeza, intenten atravesar todo el rato, de forma casi incansable, durante el tiempo que dure este achaque, ataque o como se le quiera definir, la barrera que su propio cerebro impone separando lo real de lo irreal, de que, aunque no haya escapatoria ninguna por el momento, es simple y llanamente un engaño, una mentira la cual obviar. No está sano, lo sabe y lo saben todos, no hay mayor peligro que el incordio que él sufre de vez en cuando, incordio últimamente creciente sin motivo aparente. Cuando los ojos se abren y Eric con calma y tranquilidad se levanta del sillón individual, apaga la luz de la mesita contigua, recoge el libro colocándolo en la estantería y va a la cocina donde ve que es hora de levantarse, se prepara para iniciar de nuevo, su rutina diaria. Primero al baño, luego a vestirse, a continuación a desayunar y tras lavarse los dientes, hay que salir a pasear para contemplar el plácido y dulce amanecer envuelto en la casi desértica naturaleza que rodea el pueblo de

Dulsin, antes de ir a la parada de autobús que le lleve a su cita rutinaria programada.

Capítulo 2

SEGUNDA PARTE - 546

El cristal de la máquina expendedora refleja la silueta solitaria del hombre cincuentón que la observa dubitativo, reflejo en el cual, se añade la figura de Eric que aparece por detrás. Él le aconseja —El sándwich de pavo y queso con salsa de mostaza miel y pan de tomate es, de lejos, lo que está más bueno de la máquina, es lo que comeré después. —sobre lo que él considera, la mejor opción. Se lo dice con simpatía sincera y con ilusión esperando una respuesta, pero el hombre que lanza una breve pero nada disimulada mirada juiciosa de arriba a abajo, ni siquiera le contesta con palabras, solo con un pequeño sonido que emite sin abrir la boca. La máquina emite constantemente un sonido de estática y ventilación, mientras el hombre hace muecas frunciendo el ceño, al mirar a través del cristal para buscar qué podría llevarse a la boca, en el pasillo de aquel hospital, mientras espera inevitablemente, y Eric intenta de nuevo practicar su simpatía. —No suelo comer mal, esto es como un capricho. Un sándwich de estos, aunque sea caro y algo húmedo, es lo que más se parece a una comida de verdad. Ya han cerrado la cantina de la entrada, pero en el ala de maternidad siempre está la suya abierta, aunque está al otro lado del hospital. —Las palabras parecen desvanecerse en el aire durante unos segundos, hasta que el hombre se rasca el cuello, le mira a los ojos, aprieta un poco los labios y decide que la ayuda de ese extraño, aunque no sea muy útil, es bien intencionada y con un: —Gracias, joven. —Y un asentimiento de cabeza, se da media vuelta y se va. Eric, mientras se sienta y mira el reloj redondo que se encuentra en la pared, escucha cómo ese tipo baja las escaleras y entra en el descansillo del piso inferior, un lugar exactamente igual, donde hay una máquina expendedora exactamente igual a la que tiene delante, un lugar exacto a donde se encuentra, con la única diferencia de no estar él.

El médico le calma con sus palabras y sus gestos sobreexpuestos, esas ensoñaciones siempre las tiene, las conoce bien y sabe que no pueden afectarle más allá de pasar un mal rato de vez en cuando, los cuales suelen ser breves. —Cuanto más las obvias, menos te afectarán. —Le recuerda. Por mucho que Eric le mire a los ojos, el médico no suele ofrecer contacto visual directo, a no ser que le diga algo de una forma seria y muy concreta, el resto de tiempo se siente todo como palabras

vacías, una charladuría de poco peso que rellena momentos clave, aunque llena de verdades, porque por más que se hayan repetido las mismas frases estos últimos meses, está claro que su médico le conoce y no quiere que sufra. Al comenzar una de las típicas charlas huecas y repetidas, acerca del valor de la propia insistencia en uno mismo como una de las mejores herramientas, una vez que la dosis correcta está siendo administrada ya, las plantas medio secas y algo mustias y los polvorientos libros puestos adrede para rellenar la estantería, parecen ser más interesantes que de costumbre y con un —Lo sé. —por parte de Eric la conversación se zanja llegando a buen puerto, el mismo puerto de siempre. Las mismas conclusiones de siempre llenan la cabeza de Eric nuevamente y se da por satisfecho en su visita.

Esa misma mañana, estando ya en su tranquilizador pueblo, el grupo de jóvenes que divisó el día anterior, parecen haberse fijado en él de nuevo, desde el otro lado de la vía peatonal que se encuentra a medio camino entre la parada de autobús y su casa. Tres chicas y dos chicos están andando por la vía peatonal mientras cuchichean, hasta que se deciden a saludarle. Con mucha simpatía en sus caras y con algún que otro titubeo en los pies, de los cuales Eric no puede evitar fijarse. Los jóvenes, que no podría tener más de veintitrés años el mayor de ellos, le comentan que están de vacaciones en el pueblo hasta dentro de semana y media y que no saben muy bien qué hacer para entretenerse. —Aunque sean unas vacaciones tranquilas y relajadas, sin mucha fiesta ni nada de eso, nos estamos aburriendo un poco la verdad. —Reconoce la muchacha de pelo negro, tez ligeramente cobriza y menos delgaducha, acabando la frase con una risilla nerviosa. —No sabemos si conoces mucho el pueblo o... No sé. ¿Sabes de algún sitio donde podríamos ir o algo? —Añade mientras sujeta la mano de otra de las mujeres el más alto de ellos, y portador de un rostro feliz y despreocupado. Al cabo de un rato, tras haber comentado que tan solo lleva poco más de año y medio viviendo en el pueblo, Eric les propone ir a varios sitios, como a darse un baño en La Charca de las Ranas, lago que se encuentra a tan solo 40 minutos a pie del pueblo, o que podrían participar en los circuitos de senderismo que ofrece, de forma gratuita, el ayuntamiento local. Estos planes parecen ir entusiasmando a los jóvenes poco a poco y después de un buen rato, las charlas simpáticas se convierten en bromas y risas que comparten todos, concluyendo con un —Pareces un buen tío.— que lanza Dana, la primera mujer que habló antes, para despedirse. Mientras el camino a casa se retoma, sintiendo el calor de media tarde, y la brisa en el pelo corto, la conversación llega de forma invasiva al interior de la cabeza, la cual recuerda casi a la perfección, cada palabra y cada imagen recogida por las pequeñas orejas de Eric y sus ojos marrones. Entiende por qué los habitantes del pueblo pueden hacer, de vez en cuando, esos furtivos gestos titubeantes y marcadores de distancia, cuando le conocen un poco, pero no sabe por qué, desde que se sorprendieron por haberles

dicho el tiempo que lleva viviendo en Dulsin, todos, al unísono, obtuvieron una postura ligeramente defensiva y alejada, hablando con él, al menos, hasta que el tiempo transcurrió y la confianza general fue ganando algo de terreno con la ayuda de las alegres bromas. La costumbre de repasar conversaciones una vez finalizadas, es algo que siempre se había percibido como general entre la gente, pero, esta vez, la idea de obsesionarse empezaba a obsesionar, ya que estaba siendo una práctica, quizás, demasiado recurrente. "No puedo parar de pensar. ¿Eso es equilibrado?" Piensa Eric mientras sale rodeado por ostentosas plantas florales de la vía peatonal de Dulsin.

La vía peatonal divide al pueblo de Dulsin en dos mitades irregulares, se construyó encima de una zona de tuberías de aguas residuales y todos los desagües del pueblo pasan por ahí, acabando en una gran rambla, que evita las inundaciones en momentos de mucha lluvia o incluso en los deshielos, en según qué épocas. Absolutamente cualquier sitio en el que un turista o visitante pueda moverse normalmente está renovado, modificado y disimula cualquier posiblemente desagradable cuestión, por muy natural que esta sea. Si algo hacen bien los habitantes de Dulsin es disimular cualquier cosa, las fachadas de casas en ruinas y abandonadas son hermosas, con detalles coloridos y con maceteros grandes y siempre llenos de alguna flor o planta que requiera pocos cuidados, al menos en la zona central de Dulsin. El cementerio se encuentra en la parte más alejada, donde se hallan también las casas más antiguas y las granjas y huertos familiares, cuyos dueños en algún momento murieron y, por falta de cuidado, empezaron a deteriorarse sin remedio. En algún momento de la historia del pueblo de Dulsin, esta última zona se ocultó ligeramente con una plantación masiva de árboles como eucaliptos, pinos, abetos, y demás parafernalia resistente a casi cualquier tipo de entorno, permaneciendo verdes casi todo el año. El pueblo no es muy adinerado, solo lo suficiente para disimular bien y seguir atrayendo público, por eso los tejados son de colores llamativos y evitan las miradas de los tendidos eléctricos. Por eso a la iglesia, cuando fue reparada, se le añadieron techos cuadrados y triangulares, en lugar de unas bóvedas redondas que estuvieran a juego con las originales que todavía se mantenían casi intactas, ya que contrataron los servicios más baratos. Por eso, las calles principales están muy iluminadas y los alrededores no tanto. Cualquiera que esté por ahí de pasada no podrá evitar pensar en lo bello que es el pueblo, con su encanto rural particular y muy adaptado a los tiempos modernos, aunque, cualquiera que viva ahí durante el tiempo suficiente, sabrá que es todo fachada, una portada llamativa. En las épocas que no son vacacionales, suele haber más riñas entre vecinos, gente que se tambalea por las calles después de haber estado bebiendo toda la tarde y gritos descontrolados por parte de los pocos niños que juegan en los parques, los cuales rompen el absoluto y ensordecedor silencio constante. Lo único que parece completa y

absolutamente genuino, es el interés de los habitantes de cara a que su hogar siga prosperando. Aunque se vaya un buen porcentaje de habitantes, muchos de los que antaño solo fueron unos meros visitantes, se enamoraron del ambiente habitual y se mudaron a Dulsin, abriendo un pequeño negocio y dedicando el resto de sus vidas a la bella causa de mantener un lugar lo más feliz posible. “Si no es para uno mismo, que sea para los demás” es otro de los dichos populares de Dulsin.

Pepe arroja una pequeña bola de papel arrugado hecha con la servilleta y la encesta en el cubo de basura que se encuentra en el final de la barra, mientras Toñi la está limpiando. Automáticamente después se levanta y toma camino desde el bar donde, como cada vez que va, ha pagado nada más pedir su pedido, hasta la comisaría. No anda más de veinte metros cuando es asaltado por la señora Núñez, una mujer que pide ayuda desesperada y temblorosa, ya que su hijo lleva sin aparecer un día y medio, un día y medio en el cual el aguantar los nervios le ha supuesto una batalla titánica. Tras cruzar un par de calles desde que se separó de sus recién conocidos, Eric divisa a la mujer de mediana edad y pelo castaño que habla con Poli Pepe, el jefe de policía del pueblo, la cual, parece estar alterada y asustada. Las aparentes súplicas de la mujer y los intentos constantes de tranquilizarla, hacen crecer la curiosidad de forma inevitable, hasta que la mención de la palabra desaparición hace saltar las alarmas en su interior. La mirada de la mujer cambia levemente cuando se fija en el rostro de Eric y, al divisarlo también el jefe de policía, este mira rápidamente al suelo, junta levemente las cejas y vuelve a levantar la cabeza. Paso tras paso, cuanto más se reduce la distancia, menor volumen se encuentra en la conversación, hasta que acaba en un extraño silencio, cuando Eric se planta delante y afirma haber escuchado algo raro el otro día, por uno de los caminos de tierra de la periferia de Dulsin, cerca de la Arboleda los Tíos. —Creo que eran gritos. —Comenta preocupado. A la señora Núñez le comienzan a temblar las manos, las cuales se encontraban agarrando los hombros de Pepe, su rostro se arruga y la voz le tiembla de forma exagerada cuando comienza a balbucear y preguntarle cosas relacionadas con el lugar y la hora de esos gritos, hasta que el jefe de policía les interrumpe. La mirada, que comenzó siendo fija y seria, cambia relajándose y meneándose hacia otros lados en algunos momentos, cuando Pepe se pone entre ellos y tras haberle dicho a la mujer que se calmara, se centra completamente en Eric. —A ver. Emm... Tú. ¿Cómo te llamabas? —Pregunta con un titubeo mecánico. —Eric, soy... Soy Eric. —Automáticamente después, el jefe de policía Pepe inspira profundamente, parece ordenar sus ideas y le pide que reproduzca el sonido que escuchó. El silencio se hace tan solo un instante, la vergüenza asciende rápidamente y con un temblor en la rodilla derecha producido por el nerviosismo, Eric lo intenta tres o cuatro veces, mejorando poco a poco la calidad del sonido y dando explicaciones para concretar con la ayuda de la imaginación. La mujer está paralizada y

busca en su interior cómo debería de sentirse; Eric, con la cabeza algo agachada mira casi de reojo siendo consciente del posible ridículo que pueda haber hecho; y Pepe, con los brazos cruzados, vuelve a respirar profundamente e inicia su resolución, afirmando que ese sonido lo ha producido un pájaro, —Eso lo hace un pájaro. —un pájaro que normalmente no está por esta zona, pero que, a diferencia de otros, ahora que el verano acaba, comienza a migrar y pasa cerca, añadiendo a la explicación que, a veces, alguno se pierde y descansa un par de días para alimentarse y que, en dos semanas, dejan de verse por Dulsin hasta el año siguiente. El ridículo parece haberse hecho, pero desde el principio y aunque Eric muestre saberlo con una disculpa, Pepe no concluye con ello y añade que no debería de ir por ahí preocupando aún más todavía a las personas que ya lo están. La mujer se queda casi paralizada, con el cuerpo algo encorvado y encogido, mientras mantiene la mirada perdida y parece analizar en su interior, buscando con fuerza entre sus sentimientos y recuerdos, alguna respuesta que se le escape.

Tras haberse visto por casualidad en varias ocasiones, el grupo de jóvenes y Eric empiezan a entablar cierta amistad, hasta el punto de incluirle en algunos planes de sus vacaciones, lo cual a Eric le ilusiona bastante. Aunque llevase más de un año viviendo en ese pueblo, y aunque todos los habitantes sean muy simpáticos y agradables siempre, nunca había encajado con nadie ni siquiera un poco, ya que todas sus conversaciones han sido más bien triviales y el introducirse en el mundo de otras personas y reírse de vez en cuando le empieza a gustar.

La intensa lluvia ha pospuesto inevitablemente la primera quedada para un plan sencillo pero agradable, debido a la compañía. Ningún libro parece apetecer y permanecen casi a oscuras en las estanterías y las mesas, apilados y solitarios, casi tanto como Eric se siente. El peso del sueño no es suficiente, es demasiado temprano, toda la casa cruje esporádicamente con el frío del exterior, el rumor de la lluvia acompaña en una cantinela constante e inagotable. —Vaya frío. Curioso frío. —Las gotas rebotan en el quicio de las ventanas de forma salvaje y estridente. —Muy curioso frío. ¿Diferente? —Los colores del interior de la morada comienzan a disiparse, mezclándose, difuminándose —Eso parece. —Contesta Eric, permaneciendo de pie sin moverse, quieto, tieso, con los brazos hacia abajo, estirados, sin apenas respirar siquiera. Todos los colores del interior se vuelven prácticamente el mismo, apagado, neutro, y el frío se condensa blanquecino en la parte más baja de la puerta principal. La mirada de Eric permanece en una apertura completa y constante, tensa. La niebla se espesa y cruza por la ranura de debajo de la puerta oscura, formándose en una nube espumosa que no deja ver nada al otro lado, concentrándose poco a poco en una figura lánguida,

alargada. La figura humanoide extiende los brazos, blancos, largos, finos y delicados pero terroríficos, con dedos extensos y afilados y Eric no hace nada, solo observa, impasible. —Con un paso, y otro paso y otro, más otro paso y un paso más, antes de otro paso... —le susurra la figura en un inacabable crescendo, mientras su parte superior se oscurece, formando una larga melena de mujer. —Con un paso, sí, un paso, nada más, el paso previo a un paso y otro paso, antes del siguiente paso... —Continúa el susurro mientras se forman dos pechos redondos, divididos por un canal que se abre como si de una boca monstruosa se tratase. Solo un brazo permanece extendido hacia Eric, volteando la palma de la mano hacia arriba, con un loop infinito. —Un paso, solo un paso, nada más que un paso... —Solo un paso. —Contesta Eric tiritando y parpadeando.

La lluvia ha impedido quedar. Griff, Maya, Carlos, Dana y Ka, intentan sintonizar una televisión sin éxito, en el salón del motel Para-Dice, y la tensión aumenta de forma cada vez más acelerada. Una tensión que lleva creciendo descontrolada desde el primer día de vacaciones. Esta escapada juntos es el último intento por revivir una amistad que lleva deteriorándose desde que, poco a poco, fueron dejando de vivir en la misma calle, al comenzar sus vidas adultas, con sus trabajos y nuevas vidas. Dana añora terriblemente aquellos momentos de la infancia compartidos con sus compañeros de colegio, compañeros vecinales y compañeros vacacionales. Sus amigos se han ido mudando, creciendo y cambiando y ahora no se tienen en cuenta unos a otros, al menos no como antes. Kalina es la más delgada y nerviosa. Es a la que más costó convencer de apuntarse a esta última escapada, para recordar las repetidas escapadas familiares al pueblo de Dulsin en los veranos de sus infancias. Carlos, por otra parte, no puso ninguna excusa y desde el principio mostró su alto perfil animoso y deseoso por repetir. Mayanin y Jeremy, aunque buscaban planes que llevar a cabo juntos y sin familia, por una vez al menos, titubearon bastante, hasta que finalmente se dejaron convencer por Dana Lamar. Ahora, encerrados en cuatro paredes, con una proposición de jugar a las cartas por parte de Carlos en el aire, ella huye a su habitación mientras los tres restantes discuten. Carlos no quiere verla sufrir y la persigue hasta darse de morros con la puerta de su habitación —Vamos, Dana. Hablamos tú y yo aquí, un rato, sin ellos. Al menos hasta que te tranquilices un poco. —sin ningún resultado. Diga lo que le diga, Dana prefiere intentar dormir y de esa forma, calmar los nervios que le producen los demás con sus constantes puyas y gritos.

Los ojos de Pepe se abren. La habitación de descanso de la comisaría está siendo iluminada con su tubo fluorescente habitual, ya que se le olvidó apagar la luz antes de echarse, en la madrugada anterior. Se incorpora permaneciendo sentado en el catre y saca su teléfono BB p

8100 negro del bolsillo, para dejar un mensaje en el contestador automático del encargado del polideportivo de Dulsin, cancelando su alquiler de la pista de baloncesto. Sin haber descansado demasiado, se pone a trabajar de inmediato, ya que, incluyendo el de anoche, más el de ayer tarde, ya van dos cadáveres encontrados y confirmados como dos de los cuatro niños desaparecidos. Las hojas aletean haciendo un particular sonido, cuando Pepe las pasa de una en una. La morgue es visitada hasta dos ocasiones en casi tres horas, porque, al parecer, Denis no se aclara todavía ordenando las cosas. —Estoy hasta los cojones. —Declara Pepe mientras cierra un ojo y se lo rasca con fuerza, observando las pocas coincidencias, pero decidiendo, que son suficientes para determinar una correlación. Desangrados, les falta algún miembro pequeño o trozo de piel y se han hallado unas fibras concretas e idénticas en ambos cuerpos.

El aire fresco entra llenando y abriendo los pulmones, ese característico olor a tierra mojada llena de energía su cuerpo y hace estremecer levemente su cabeza durante un instante sin saber muy bien por qué. La chaqueta con capucha y cremallera de color negra parece ser necesaria esta mañana, aun cuando el sol ya salió hace un par de horas y las que parecen no haber salido hoy son la señora Marín y la señora Martín. Aunque, antes de que eche de menos sus saludos, sus ojos se topan con la inesperada sorpresa de contemplar la silueta de Dana, la cual parece deambular por un lateral de la plaza, mirando los árboles, las antiguas fachadas de las casas y las farolas de la calle general que hay a continuación en un tranquilo y apacible paseo mañanero. Por último, la mirada de ambos se cruzan y se clavan en los ojos del contrario de forma casi magnética durante un instante. O al menos, eso es lo que le parece notar a Eric. La charla simpática y cotidiana da paso a cosas de algo de peso al mencionar su rutina diaria de paseos por la periferia. —Hay que mantenerse sano, al menos en lo que uno pueda controlar. —frase que hace pasar a una charla más contundente, cuando Eric reconoce su estado, el cual, por primera vez, parece ser lanzado a alguien que de verdad tiene interés por conocer, o como mínimo, algo de curiosidad. Sin terminar de entenderlo, la joven mujer le pide una explicación algo más concisa. Lo que a Eric le maravilla en el momento, y tras haber comprobado la verdad examinando sus gesticulaciones corporales involuntarias y el tono de sus palabras, es que dicho interés no parece ser morboso. No parece ser algo que anotar para andarse con mayor preocupación de lo habitual. Parece ser que Dana de verdad tenga un genuino sentimiento de querer comprender antes de juzgar y muy fascinado, se lanza: —Una cabeza normal, tiene unas limitaciones naturales ¿Sí? Que le hacen permanecer dentro de ciertos rangos, de esta forma, cuando uno percibe algo, normalmente, sabe diferenciarlo de la imaginación. Sabe que cuando percibe un sonido, este viene de un lugar concreto de su entorno. Mi cabeza está algo... Digamos que algo jodida. —Sonríe nervioso, aprieta sus dedos y después ambos puños sin quitar la

mirada de los ojos oscuros de Dana. —Es como si algunos de esos límites estuvieran algo chungos. Algo rotos. Como si a veces no se conectaran entre ellos. —Dana abre ligeramente la boca y junta un poco las cejas en una mueca de claro esfuerzo por retener y procesar la información entrante. —Entonces, a veces, se escapan imágenes y sonidos que yo no sé ubicar bien. Digamos que mi mente me engaña, haciéndome creer que lo que veo es o no real. Pero no te preocupes, eh. No estoy loco ni nada de eso. Cuando veo que pasa algo raro y que no puedo moverme bien, me mentalizo y descarto lo que sé que no puede estar ahí. —Se detiene un segundo y la observa para finalmente aclarar: —Sé cómo funciona la realidad. Si algo no debería estar ahí, pues sé que es por mi enfermedad y ya está. Y, en verdad, solo me pasa a veces. Tomo mi pastillita cada día y sé que, cuando ocurre, simplemente me fastidio yo solo durante un rato hasta que se pase y listo. —Ella lo deja de mirar un instante en el cual deja la mirada perdida en el suelo, vuelve a hacer lo mismo cambiando de dirección su rostro y finalmente vuelve a ofrecer contacto visual. —A mí no me parece que estés loco. Tiene que ser un fastidio para ti si lo único que puedes hacer es esperar. Qué rabia, ¿no? —Palabras que se incrustan en la cabeza de Eric, haciendo relajar su pecho y crear una sincera sonrisa en su cara. Con la natural y relajada conversación, no puede detenerse ahí y se anima a proseguir, contándole también que su memoria falla, que solo recuerda desde que se mudó hace poco más de año y medio y que, como nada de lo que le cuenta es ningún secreto, la gente que le conoce suele mantener la distancia de forma instintiva y que, con el tiempo, él mismo comenzó a adoptar esa distancia de seguridad, porque no puede evitar ser simpático y amable con los demás, al igual que los demás lo son con él. Una historia que le sorprende y entristece ligeramente de forma aparente. —Ellos no tienen la culpa de sentirse incómodos conmigo, es algo natural, que les nace de dentro. Simplemente ocurre y ya. Es algo que no comprenden y les perturba, aunque sea un poco, por salirse de la normalidad. Si mantengo la distancia, ellos se sienten tranquilos y, así, charlo con ellos de vez en cuando. Me alejo para seguir estando cerca. Ya sabes... —Antes de que Dana, con su cara melancólica, le responda, son interrumpidos por un atronador sonido de una ambulancia que pasa por la carretera general. En el instante en el que esta pasa y apaga el sonido de aviso para que una furgoneta de reparto despejara el camino, el ruido del gentío aglomerado les termina de alertar y atraer irrefrenablemente.

Tan solo a dos calles, los vecinos de Dulsin que andaban por la zona, se encuentran apretados y apelmazados alrededor de algún tipo de espectáculo inusual. Eric y Dana se miran fijamente durante un momento y avanzan cuando, tras haber escuchado de forma aleatoria diferentes frases de conversaciones ajenas, llegan a la conclusión de que una persona mayor se ha caído y está en el suelo. Antes de arrimarse demasiado a la marabunta, Eric divisa al jefe de policía José Hernández, escabullirse del lugar con una cara de decepción que no puede ocultar

aparentemente. Y a la vez, un hombre de unos cincuenta y pocos años, emerge también de la masa de vecinos, llegando a chocarse levemente con la muchacha, el cual parecía salir de allí horrorizado. —Tranquilo, hombre. ¿Qué ocurre? —La pregunta por parte de Eric era inevitable. —El pobre Beltrán... El poli Pepe le ha dicho que su nietecito está muerto. Es una locura, están desapareciendo niños del pueblo. Un hijo de puta está matando críos. ¿Qué puto enfermo puede hacer algo así? —Levanta los puños y los cierra fuertemente—. Si alguien se acerca a mi terreno lo primero que verá cuando abra la puerta será la paralela que heredé de mi padre. Y mis hijos a las 9 en casa. Esto ha ido a mucho ya. —Asiente nervioso con la cabeza—. No quieren que sepamos los problemas del pueblo. ¡La temporada vacacional ya ha terminado! ¿A quién van a sacarle el dinero callándose? —Mira a su alrededor mientras grita intentando llamar la atención—. ¡Que lo digan! Que la policía tenga cojones y diga que hay un puto desquiciado y así los padres podrán proteger a sus criaturas antes de que desaparezcan y les pase com... —La pausa para calmarse y respirar, apretando con fuerza los puños de nuevo, parece evitar que salte una lágrima de pura rabia provocada por la impotencia. —Joder, pobre Santiago, solo le quedaba su nieto, lo estaba cuidando el solo desde hacia un añito. No creo que pueda sufrir más el pobre hombre, ya no le queda nada. —La amable y tranquila charla que llevaban Eric y Dana parecía tener que aplazarse, y como esa misma tarde habían quedado todos, ambos prefieren desearse cuidado y despedirse por el momento, después de intentar calmar al hombre que abandona el lugar antes que ellos.

En los pasos que Eric da a continuación, una oscura y densa niebla de penumbra comienza a crecer de forma irrefrenable e imparable en su mente. Por mas que intente concentrarse en cualquier estímulo externo o en cualquier otra conversación, divagamientos o rutinas necesidades en sus quehaceres diarios, no puede parar de ver en su mente la imagen del sufrimiento del pueblo el cual se agolpaba alrededor de un hombre desmayado y abatido por un dolor injustificable. El apacible paseo del día se ha visto perturbado totalmente y es consciente de ello.

La puerta se abre tan rápido y fuerte que golpea la pared con el pomo, al arrancar el tope que había pegado en el suelo. Denis da un bote por el susto y le pregunta a Pepe si se encuentra bien, el cual responde con un casi grito y contundente no. Sin extender la conversación ni un segundo más, el jefe de policía se sienta en su mesa, pulsa el botón que le dará vida en un par de minutos al blanco y tosco ordenador de sobremesa y mientras espera a que termine de arrancar respira profundamente. Alza la cabeza con los ojos cerrados, exhala una gran cantidad de aire y al volver a bajarla, meneando frenéticamente la pierna

elevando la rodilla en un vaivén constante, se concentra en la forma en la que estructurará el comunicado oficial para todo el pueblo de Dulsin, en el que advertirá de la presencia de uno o varios secuestradores/asesinos y pedirá que los habitantes extremen la precaución y siempre vayan acompañados, sobre todo, los más pequeños de la familia. Ya son tres los cadáveres encontrados. El último de ellos, hallado por los compañeros que tuvieron que interrumpir sus vacaciones de forma drástica.

La tranquilidad que desprende la naturaleza que rodea al pueblo, choca drásticamente con la tensión y el sentimiento de peligro que se respira en el parque situado en el borde de sus límites. Dicho parque, en su construcción, se diseñó como una especie de mirador en una zona no elevada, para que, con suerte, se vieran los animales salvajes pero tranquilos y pacíficos pasear por el bosque visible desde ahí. Sin embargo, la vista de las ardillas y los pájaros, no relaja al grupo de jóvenes que junto a Eric comentan el comunicado oficial que advierte la presencia de un posible peligro inminente. De un secuestrador que usa un saco para llevarse a los niños. Mientras que los nervios de Ka, no la dejan evitar hablar preocupada del tema. Eric intenta calmarla diciéndole que, aunque ahora las calles estén más vacías, siempre hay algún vecino asomado a una ventana con la intención de cotillear y que, si ocurriera algo, enseguida habría una llamada llegando a la policía. Palabras que no parecen calmar demasiado. —Quizás deberíamos cancelar los planes que teníamos. —La frase lanzada por Griff le atraviesa el pecho a Eric. Que el poco tiempo que pueda compartir con estas imprevistas amistades se pueda reducir aún más en varios días le hace temblar en su interior y le preocupa incluso más que su propia seguridad. Algo que, desde luego, no va a materializar en voz alta, sabiendo cómo lo interpretarían, y temiendo exponerse demasiado a ellos, pareciendo un ansioso y un desesperado. Tras varios intentos por que no pierdan el ánimo, Dana lo acompaña con la excusa de que ya están ahí y que no van a dejar de estar juntos, que no tiene por qué pasarles nada. —Esto no es como la historia del Coco Saquero. Que somos seis, joder. Que vosotros tres le podéis partir la cara a un loco, seguro. —Añade señalando a Carlos, Griffin y al propio Eric. —Además, Griff, tú siempre llevas esa navaja tuya, ¿no? —Señala—. Anda. Recordad cuando éramos pequeños y veníamos aquí. Cuando nos daba por investigar el pueblo e íbamos a todas partes juntos, como si viviéramos aventuras. ¿Por qué no podemos hacer eso ahora que no necesitamos el permiso de nadie? Ya no somos unos críos pero podemos divertirnos sin las limitaciones que teníamos entonces. —Se pone de pie y los mira haciendo gestos efusivos con una genuina sonrisa en la cara. —Podemos pillar unas cervezas o una botella de algo y colarnos en el cementerio. Podemos hacer una barbacoa acampando, como queríamos hacer. Nos hemos traído las tiendas de campaña desde casa, jolines. —Recuerda y se le ilumina el rostro. —¡Podemos colarnos en la casa de Drácula! —¿Qué es la casa de Drácula?— Pregunta Eric interrumpiendo el

frenético discurso motivacional que estaba funcionando, generando un entusiasmo creciente. —Es... —Responde Maya mientras le pasa el brazo por detrás a su novio Griff. —...una casa vieja. Es una casa con una torre de piedra, que estaba abandonada. Los niños decían que dentro vivía Drácula. Que por la mañana estaba cerrada pero que por la noche y solo por la noche, se podía pasar. —Es verdad. —interrumpe Carlos acariciándose la frente. —El niño ese, el alto que fumaba, decía que había pasado la noche allí y que lo había oído, pero que como estaba escondido no le vio ni él lo vio bien. Era un mentiroso de cuidado. También decía que su tía era bruja. —Al reírse todos al unísono, Eric comprende que los planes no se cancelan, que Dana ha conseguido contagiar su ilusión a sus amigos y que, al parecer, ella no se va a dar por vencida y la alegría por compartir con ellos unos días más, tal como empezó a desvanecerse envuelta en preocupación, comienza de nuevo a florecer.

—Oye, hablando de cosas raras. —Comenta Griff sin cambiar su estado de relajada alegría y mientras todos se vuelven mirándolo. —Dana nos ha dicho que hablasteis esta mañana. Nos comentó lo tuyo. Tiene que ser una lata, ¿no? —La explicación siguiente da unos resultados de aceptación parecidos a los que obtuvo con ella horas antes, pero Eric no siente una conexión tan intensa e inmediata, aunque, se alegra de que no lo juzguen negativamente y comienza rápidamente a proponerles más actividades que realizar juntos. Organizando junto a ellos un breve pero intenso calendario, en el cual una noche visitarán la Casa de Drácula y el día siguiente culminará con un día en el que en primera instancia buscarán un sitio donde montar el campamento, a continuación se emprenderán en una excursión para encontrar el famoso Riachuelo del Fundador, del cual ni siquiera Eric, con todo lo que él se mueve por la zona, conoce la ubicación y por último, acamparon juntos, pasando la noche bajo las estrellas de Dulsin. —Serán un par de días en los que todos, incluyéndome a mí, veremos cosas por primera vez.

Ya ha caído la noche, el frío empieza a intensificarse y hace erizar los pelos de los brazos. —Una chaqueta tendría que haberme traído. —Dice Eric a la nada. O eso pretendía, pero el jefe de policía Pepe, que casualmente pasaba por ahí, sí percibió sus palabras y doblando la esquina del callejón, le contesta: —Pues sí, ya va haciendo tiempo para algo de abrigo, aunque sea poco. —Las farolas se encienden, la luna se asoma tras una semi-transparente nube y el aire llega húmedo. Pepe mantiene una mirada analizadora poco disimulada, cuando pregunta que a dónde se dirige y que si sabe que, al parecer, puede ser peligroso ir solo por la calle. —Me recojo ya, voy a mi casa. Aunque... No creo que me pase nada, Pepe. —¿Por qué dice eso? Emm... ¿Era Eric tu nombre? —Titubea. —Sí, eso es, así me llamo. No sé... Creo... Creo que ese asesino solo ataca a niños. Es lo que parece, ¿no? —El silencio se hace durante un momento, un momento en el que Pepe escoge muy bien sus

palabras. —¿Quién dice que sea un solo individuo? —Las intenciones no pasan desapercibidas y Eric parece cazar el juego al vuelo. —Uno o varios, los que sean. Parece o parecen con objetivos claros. —La mirada entre ambos se intensifica. Los gestos con las manos se detienen casi por completo y ambos se miran las caras, cada movimiento de cada pequeño musculo, el tiempo de la respiración de cada uno, el tono y frecuencia de cada sonido emitido por la boca. —¿Crees que puedan ser más de uno? —No. —¿Por qué? —Un nuevo silencio que dura tan solo un instante. —El experto serás tú, yo solo... Yo solo leo libros de vez en cuando, de psicología y también alguna novela negra que otra. —Eric acompaña a sus palabras con una pequeña risilla simpática y continúa: —Pero... No creo que sean más de uno. Ya será difícil que una persona esté tan mal como para querer hacer daño a propósito a unos niños, como para que se junten dos o más. Me parece poco probable. —Tienes razón. —Da un paso hacia delante. —De los dos, quien más cerca está de ser un experto, soy yo. ¿Qué sabes de todo esto? ¿Qué has oído de todo este jaleo? —El jefe de policía pasa a un estado más relajado, cosa que a Eric le extraña, ya que, el más que obvio análisis de comportamiento por parte del Poli Pepe ha durado demasiado poco y ha sido muy evidente. Si no lo analizaba por miedo a su conocida enfermedad y posible comportamiento inadecuado, además de por ser nuevo en el pueblo, Eric desconoce que otra causa puede haber. Además, en este último año y medio, Eric siempre notó a Pepe algo extraño en su comportamiento hacia él. Más que nada, cuando interactuaban los dos de forma directa. ¿Cómo era posible que el jefe de policía del pueblo siempre se olvidase de su nombre y por otra parte, conociera tan bien al resto de habitantes. En un pueblo como Dulsin, el nuevo solo es nuevo durante un par de meses, medio año a lo sumo, sin embargo, este no era el caso. —No he oído demasiado, la verdad. Que han desaparecido cuatro niños y algunos se han encontrado... —Traga saliva. —muertos, y eso... —Contesta complaciente aunque extrañado. Pepe comienza a comentar cosas de sus casos abiertos. Muchas cosas, demasiadas cosas quizá. Es extraño, cada vez más y más, la confusión crece de forma progresiva mientras Pepe le va dando detalles que parece no haber compartido públicamente. Le comenta que todos los cuerpos habían sido desangrados y que a todos les faltaba algún pequeño miembro, como un dedo meñique, un trozo de piel y la cabellera. Toda esta información satura y marea levemente a Eric, aunque, los hipnóticos gestos apacibles y seguros de Pepe le hacen permanecer bastante centrado y con los pies en la tierra. —¿Qué opinas tú? —Pregunta el jefe de policía. —Por las charlas que hemos tenido con medio puto pueblo, creemos que es un payaso que no pertenece a Dulsin, aunque nos extraña que sea tan esquivo a la hora de hacer desaparecer a no una, sino tantas personas, sin que nadie lo vea nunca. Extraño, ¿no? —Añade. —Cuadra que sea uno y me parecería muy raro que fuese del pueblo. Un solitario seguro. Pero... ¿Por qué me dices todo esto? —Eric da media vuelta y da un paseo muy corto sobre sí mismo, mirando en varias direcciones para cerciorarse de que no hay vecinos alrededor, antes de volver a encararle. —¿Por qué me preguntas y me hablas tanto de esto? Nunca hablo con

nadie, ni me meto en la vida de nadie. Tienes que saber que no soy mucho de cotilleos que se diga... No tanto como cualquier otro vecino. No es que sea la persona que más cosas pueda escuchar del tema precisamente. —Lo sé. No te preocupes. Hablo contigo... —Se encoge de hombros. —porque nos hemos topado en mi paseo esta noche. Me dio curiosidad saber si estabas de vuelta a casa y si sabías que puede haber peligro y todo eso. Nada más, hombre. —La risa con la que acaba sus palabras produce un pequeño eco audible solo con un par de rebotes y con las mismas se marcha despidiéndose de espaldas y deseándole buenas noches. —Por cierto. Donde escuchaste al pajarraco. Ahí cerca se encontró a... Bueno, ya sabes. A alguien más. —Comenta desde la lejanía, perturbando la temblorosa mente de Eric, quien ya había empezado a repasar la conversación desde el principio.

El sillón no es nada cómodo. El libro, por más veces que haya sido leído el mismo párrafo, parece no contar nada que permanezca demasiado tiempo en la memoria. El calor hogareño es pegajoso y calienta la piel en demasía. Una y otra vez, imágenes que cuadran y encajan a la perfección, se repiten una y otra vez en el interior de su cabeza. Una vuelta y otra, y otra más, y otra, sin parar. Una vuelta y otra a unas imágenes que, aunque no hayan sido descritas directamente por la boca del jefe de policía poli Pepe, parecen formarse claras y concisas en la mente. Imágenes perturbadoras de un asesino despiadado que hace derramar hasta la última gota, guardando la sangre en tarros y almacenándolos en diferentes muebles de madera recia. —No puedo estar aquí. —Comenta Eric mientras se levanta. Pocos pasos son necesarios para llegar a la mesita donde se encuentran el teléfono de la casa y una pequeña lámpara. Solo con apenas acariciar el asa, el cajón de dicha mesa se desliza, y con la mano recoge un pequeño cuaderno, cuya espiral de alambre metálico, además de sujetar las hojas, porta un bolígrafo azul. La puerta está abierta dejando pasar el aire fresco y Eric vislumbra la noche estrellada, las oscurecidas montañas que dan cobijo a Dulsin desde la lejanía y la silla de plástico blanca que siempre está disponible en su terraza. La libreta es receptora de toda idea que parece encajar y ser digna de ser mencionada al jefe de policía. Una tras otra chocan contra las hojas en blanco, manchándolas, siendo impregnadas por el deslizamiento de la punta del boli. Una tras otra parecen encajar, haciendo del conjunto un pequeño puzzle resuelto, que desvela una imagen, el bonito paisaje de la personalidad de un asesino despiadado que haría todas esas atrocidades mencionadas esa misma noche. De repente, Eric respira. Tan solo un parpadeo es suficiente para hacerle salir de ese estúpido trance en el que él mismo se ha metido. Mira la libreta y todas las barbaries escritas y no puede evitar preguntárselo. —¿Acaso cualquier otra persona del pueblo estaría haciendo esto ahora mismo? ¿Acaso otra persona estará evidentemente obsesionada con el supuesto perfil psicológico de una bestia sin que sea su trabajo? —Cierra la libreta y la deja caer al lado de

la silla—. ¿Por qué mierda estoy haciendo esto? Estoy haciendo el ridículo. En verdad yo no sé de estas cosas. Yo... —Toda la razón. —Le interrumpe una voz. Una voz producto de la imaginación. Las montañas tiemblan. —La razón es, eso es. —¿Otra vez? ¿Ahora? —Ahora es la razón, el motivo. Ahora. —Me empiez... A cans... Todo esto. ...e cans... —Las montañas se estiran y conectan con el cielo, el cual se abre y deja pasar la luz blanca que ilumina todo el pueblo. Como el barrido de una escoba, la luz pasa por todo el pueblo hasta golpear el rostro de Eric y este se despierta de golpe. Es de día y el rocío mañanero ha empapado su ropa. Mira hacia un lado y después al otro. Ha dormido en la terraza. La noche se le ha pasado más rápida que cualquier otra. El haber dormido tan bien es lo que más le llama la atención y lleno de energía se levanta, recoge la libreta del suelo y se marcha mientras piensa que se ha perdido su apreciado amanecer dos días seguidos.

Capítulo 3

TERCERA PARTE - 548

Al principio eran palabras amables, a continuación el tono se elevó un poco y finalmente ha habido gritos entre Ka, la cual no quiere seguir con los planes previstos y Griff, que dice que a él tampoco le apetece, pero que no son unos “niñatos que se rajan”. Dana mira al suelo con los ojos vidriosos y Eric no sabe lo que hacer. De la nada o de una forma tan ligeramente progresiva que ha sido casi indetectable hasta que ya estaba ocurriendo, ha surgido una pelea verbal que, por el momento, parece imparable. Las palabras, cada vez más hirientes y personales, vuelan de una boca a la otra sin parar, hasta que se crea un silencio incómodo y tenso que alguien tiene que romper inevitablemente. Con un: —Me voy al motel este de mierda. —Maya es la que provoca la ruptura, y tras darse media vuelta, su novio Griffin la acompaña, añadiendo: —Lo has conseguido, eh. Alegra esa cara. —Que le lanza a Kalina sin compasión ninguna. —Se nos pasará, a todos. —Menciona Carlos mirando sobre todo a Dana y Eric. —Solo es un cabreo. Es normal chocar a veces. Sabemos que no va a pasar nada y que queremos disfrutar. Al final haremos las cosas juntos. —Añade tranquilizador. Ka se levanta, da un par de vueltas de un lado a otro y gruñe sin autocontrol. —Es ese puto... Joder. Tiene que haber un puto asesino de peli rondando en el pueblo maldito justo. ¡Justo! Cuando estamos de vacaciones. ¿Habéis leído los panfletos esos de mierda? ¡Que no quieren ni que salgamos por la noche! A mí me da miedo, eh. —El asesino no nos va a hacer nada a nosotros, ya lo hablamos. —Tu cállate Carlitos. Lo único que quieres es pegarte a nosotros. El único que quería venir. —Eso no es verdad. Fue **mi** idea. —Interrumpe Dana señalándola con el dedo índice. La situación está tensa y aunque Eric sea el menos indicado para meterse entre medias, se ve completamente incapaz de permanecer al margen. —Tiene razón. —Mira a Carlos, inhala y continúa: —No nos va a pasar nada. El loco solo es un loco, pero que no va a boleo. —¿Y tú qué sabes? —Gruñe Ka. —Estuve hablando con el poli Pepe. —¿Poli Pepe? —Pregunta Dana. —Sí. Es el jefe de policía. Estuvimos hablando del asesino y creemos que solo ataca niños. Es una barbaridad, lo sé. Pero nosotros no corremos peligro. Es lo que hablamos la otra vez, no hay que tener miedo. Podemos estar juntos todo el tiempo. Además, puede ser todo una exageración de la gente. —No creo que sea una exageración de la gente, Eric. —Dana se acomoda en el banco del parque y sigue: —Una exageración sería si hubiese dudas. Pero sabemos que han sido varios ya y que son niños. Eso no lo hace

cualquiera. —Exacto. Eso no lo hace cualquiera. Y encima son niños. En todos los cuerpos han encontrado fibras de la misma marca de sacos. Unos sacos que se usan en todo tipo de actividades de la zona. Son muy **populares**. Siempre metía los cuerpos en esos sacos, ya fuese antes o después. —Gesticula con las manos y menea los brazos—. Una persona **grande** no cabe ahí. Aparte, eso lo hace una persona que tiene miedo de enfrentarse a alguien que él crea superior a un niño. —Mira a los atentos jóvenes—. Un desequilibrado que necesita poder sentirse superior para cometer esas locuras. El que va a por niños una de dos: o lo hace por algo relacionado con su atracción a la infancia por haber sufrido una falta de esta en su momento, o lo hace porque se ve incapaz de forcejear con una persona adulta y salir ganando. —Eric también se acomoda en el banco y mira a los tres mientras lanza sus palabras. —Ese tío se lleva a niños porque le tiene miedo a los adultos. Quiere llamar la atención. Quiere... Dar una especie de mensaje que se reciba sí o sí y su única forma de hacerlo es con algo desagradable e imperdonable y él mismo sabrá que un adulto lo detendría. Va a lo seguro. Como un **depredador**.—Pero... Los **depredadores** van al desafío, ¿no? —Pregunta Carlos. —Qué va, eso son cosas de las historias. Los depredadores que cazan van a los objetivos claros. Un lobo no va a dejar que un conejo sin una pata se vaya arrastrándose. Lo que quiere es comer. Cuanto más fácil, mejor para él. —No sé, Eric... Parece que tiene sentido, ¿no, Ka?— Las palabras de Eric y Dana, parecen volver a despejar el mar de dudas de Kalina, quien, al principio algo dubitativa, les va dando la razón y disculpándose por su comportamiento. —¿Veis? Todo se arregla siempre. Seguro que después podemos convencer a los otros dos. Al final, haremos de todo y nos lo pasaremos genial. —Concluye Carlos.

En la vida hay algunas cosas inevitables. También existen otras que no lo son, pero están tan cerca de serlo, que uno las confunde y se rinde antes de tiempo. La lucha interna se mantuvo durante demasiado tiempo, de forma demasiado constante, y la atracción que siente Eric es tan fuerte que, finalmente, y aunque le parezca hacer el ridículo, o le haga parecer más raro de lo que de por sí suele ser ya, a ojos de cualquiera, finalmente se rinde y decide investigar un poco por su cuenta. En estos últimos dos días ha hablado con los vecinos, no solo para organizar sus planes con sus amigos, sino que también ha aprovechado para sonsacar algo de información, de los cotilleos locales sobre el secuestrador y asesino que anda suelto. Ha intentado charlar de nuevo con poli Pepe sin éxito y ha intentado también hablar con los demás policías, los cuales poco han añadido al conocimiento ya presente. Las habladurías concluyen en la falta de parecidos en las rutinas diarias de los niños. Ni siquiera iban a la misma escuela en ninguno de los casos. No eran amigos entre ellos, ni sus familias tampoco. No hay correlación aparente entre ellos. De hecho, si una persona secuestrara a cuatro personas de forma completamente aleatoria, tendrían entre ellos alguna que otra cosa en común, y este, no

parece ser ni de lejos el caso, ya que solo comparten su residencia en Dulsin. —Son seleccionados. —La brisa mueve su pelo corto, mientras la mirada se mantiene fija en el lugar donde se encontró el último de los pequeños cuerpos. La obsesión crece en el interior, siendo consciente de ello. Es el último lugar donde se halló un cadáver pero el tercero que visita el mismo día. Aunque no haya demasiadas pistas que se diga, Eric no puede evitar intentar hacer algo para ayudar, y sin exponerse demasiado, se ve obligado a investigar en privado.

Una nueva noche y una nueva oportunidad de arraigar amistades en el pueblo de Dulsin. La luna está llena y no podría haber oportunidad mejor para explorar el interior de la Casa de Drácula. Un viejo y semiderruido caserío de piedra rodeado por un muro también de piedra y, a su vez, rodeados por una valla metálica, se desvela ante sus caras, cuando el grupo de jóvenes llega al final de la vieja carretera que estaba casi oculta, al final del pueblo en su lado oeste. —Desde aquí se ve el cementerio. Si es que es siniestro de cojones. ¿Quién coño viviría aquí? —Las palabras de Carlos encajan a la perfección con el aire a comienzo de película de terror adolescente que flota en el ambiente. Los hombres ayudan a las mujeres a saltar la valla metálica, menos a Dana, la cual se empeña en hacerlo sola aunque tarde algo más de tiempo. De todos ellos, Eric es quien lo hace de forma más rápida, consiguiendo pasarla sin ningún esfuerzo aparente y como si llevara toda la vida haciéndolo. —Esto era lo fácil. Ahora queda el muro este. Aquí no me seas payasa y acepta la ayuda, Dana. —Comenta Griff señalando a Eric, gesto que, aunque nadie más lo perciba, molesta escuetamente a Carlos. —¿Cómo se llamaba el chulico ese? El que fumaba que decía que había dormido aquí. Yo aquí no duermo ni ahora. Ni con una metralleta en la mano. No nos separemos, eh. —Tranquila Ka. Que no te dé miedo una cosa de críos. —Contesta Maya. Pasa un buen rato en el interior del patio amurallado que rodea la casa. Un interior lleno de maleza que se ha abierto paso de una forma salvaje y despreocupada, con el pasar de los años. Hay lo que parece ser un pequeño y polvoriento huerto, con los restos de lo que en su día sería una preciosa y cargada vid, un par de palmeras y algún que otro matorral que hace las veces de baño para Griff y Carlos. La fachada, aunque claramente deteriorada, se ve recia y resistente. Todas las ventanas están tapadas con tableros o directamente tapiadas con ladrillos y cemento demasiado nuevos como para que no resalten con el resto del panorama. La redonda torre de piedra que recordaban, no llega ni a la mitad de lo que fue, por algún derrumbe masivo. Un montón de plantas y enredaderas cuelgan por todas partes por el lado norte y el grupo empieza a debatir si deberían rendirse. —No hay forma de entrar. —Tiene que haber alguna. —Eric permanece muy callado todo el tiempo y se le ve incómodo. Tanto Dana como Ka lo achacan a que se preocupa por colarse en una casa abandonada, añaden que no es un delito grave precisamente y Eric niega que sea por eso, simplemente está incómodo y con el

estómago revuelto. Antes de terminar la conversación, son interrumpidos por Carlos, quien asegura haber encontrado la **puerta mágica**. —Es por esto por lo que esos notas decían que solo se podía pasar de noche. —Al parecer, las densas enredaderas tapaban un butrón en la pared. El agujero no era visible de día por el cambio de iluminación, haciendo del interior completamente oscuro, aunque por la noche, la luz de la luna parecía introducirse en el interior por alguna ventana superior o algún techo faltante, provocando una característica luz blanca, visible a través de las plantas colgantes.

Un pasillo estrecho, en el que los codos rozan en los laterales si no se anda con cuidado y un suelo angosto lleno de piedras y tierra da la bienvenida, parece ser el primer entorno por el que hay que pasar para poder investigar un poco. Todo el piso inferior es visitado en un tiempo récord, ya que no hay demasiado que ver a parte de un montón de polvo en el suelo. El piso de arriba, por otro lado, comienza a ser interesante cuando desvela una gran cantidad de cajas de madera, muebles apelmazados y un montón de baratijas muy apiñadas. —Qué cantidad de basura. —Pues a mí me parece interesante. —¿Interesante? Qué horror. Vamos a pillar de todo aquí dentro.— Debaten Carlos y Maya, la cual se tapa la boca con su pañuelo. Eric permanece de pie, en una esquina, sin moverse. Parece estar completamente petrificado, cuando todo el grupo se queda observando su espalda e intentando llamar su atención. Al acercarse Dana a él, la imagen de una foto que se encuentra en un cajón abierto se desvela. En la foto aparece un hombre junto a unos árboles. —Son los Árboles Hermanos, no están muy lejos de aquí. —¿Y ese? —Pregunta Dana sabiendo la respuesta. —Ese de ahí soy yo. Tengo casi el mismo pelo y todo. Es mi puta cara pero... No recuerdo haberme hecho una foto. —¿Nunca te has hecho una foto? —Intenta bromear Griff. Eric se da la vuelta, sosteniendo la foto, y sin dejar de mirarla dice: —Exacto. No sé si me he hecho alguna foto nunca. Pero yo no lo recuerdo. No recuerdo nada antes de mudarme aquí. Pero esto... Esta foto es de aquí. Reconozco el sitio. —Tranquilízate, Eric. Seguro que hay algún motivo. A lo mejor si vivías aquí antes. —¡No!, Dana. No... Se supone que yo me mudé aquí hace un año y medio y que... Yo me mudé a este pueblo y nunca me he hecho una foto. Yo no tengo amigos. Vosotros no lo entendéis. —Cierra los ojos con fuerza un instante—. ¿Quién sacaría la foto? —Los pasos firmes retumban imparables hasta la salida y el grupo de jóvenes va detrás de Eric sin conseguir detenerlo. Con solo un pequeño gesto Eric salta el muro y Dana, desde el interior todavía, le grita que se detenga, que le va a ayudar. —¿Ayudar a qué? —En lo que haga falta. A lo mejor dentro hay más cosas tuyas, de tu vida antes de que perdieras la memoria. —Dentro no hay nada mío. —¿Cómo lo sabes? Ese de la foto eres tú, ¿no? Si estaba aquí será porque habrá cosas tuyas. —Ninguna otra cosa es mía. Esta foto sí y vosotros no podéis darme respuestas. —Chicos, ayudadme a pasar. —Dice en voz baja antes de continuar:

—Eric. Te ayudamos a buscar las respuestas, pero no te vayas así. Que te veo muy alterado. —Para cuando Dana toca el suelo, en el lado exterior, no queda rastro de él.

La imagen de Eric a través de la ondulada puerta de cristal de la comisaría, provoca un pequeño atragantamiento cuando Denis le ve de sopetón bebiéndose su café nocturno. —¿Está Pepe?! —¡Está cerrado, es tarde! ¡Solo emergencias! —El sonido llega apagado al otro lado de la puerta cerrada. —¿Qué?! —¡Hab... —Denis se levanta y se acerca a la puerta señalando con el dedo. —¡Habla por el telefonillo! —Eric, pulsa el botón y charla con Denis, diciéndole que necesita ver a Pepe, que si está dentro o en algún sitio trabajando esa noche. Denis intenta convencerle de que para una urgencia él le puede ayudar. Tras unos minutos de debate Eric le consigue convencer y le manda a la gasolinera del oeste. El viaje se hace muy corto, un viaje en el que Eric no se saca de la cabeza a una mujer que le habla con dulzura. La imagen de los seis gigantes verdes que componen los Árboles Hermanos es nítida, como si hubiese visitado el lugar ayer mismo, aunque habían pasado varios meses desde la última vez que estuvo cerca de ellos. —No te quedes hecho un pasmarote. Posa o algo. —La voz es alegre, simpática. —Así mejor. Se te da muy mal. —Ríe. Paso tras paso, Eric intenta dejar de escuchar cosas que no pertenecen a la realidad. Está harto de estar enfermo, está harto de no poder estar tranquilo, está harto de no ser normal. —Yo tampoco sé bien lo que hago, este cachivache es nuevo. —Ríe. La femenina voz ríe y Eric llora envuelto en su paso rápido, en mitad de la noche. Piensa que debería de estar con las esporádicas amistades que ha conocido, antes de que se marchen para siempre. Piensa que cuando amanezca ellos pasarán su último día en Dulsin y que él se ha marchado, quizás exagerando su actitud. La femenina, dulce y simpática voz ríe, la irreal voz ríe y el real Eric llora. Lloro porque desea algo que no conoce. La relajada vida de la normalidad.

Respira profundamente, se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta y espera pacientemente. Al otro lado del cristal, en el intensamente iluminado habitáculo, y rodeado por productos embolsados y empaquetados, Pepe está pagando al trabajador de la gasolinera oeste. Antes de introducir la llave en el vehículo, poli Pepe es asaltado con una pregunta que procede de sus espaldas. —¿Cuánto hace que vivo aquí? —Joder. Vaya susto me has dado. —No intentes preguntarme mi nombre, sabes cómo me llamo, lo sabes siempre y aún así me lo preguntas. —¿Qué? —Hace una pausa, lo examina, como de costumbre, y continúa: —Aunque sea un pueblo pequeño. Hay mucha gente y yo solo soy uno. No puedo acordarme de cada nombre, cada dirección y cada tontería. Es comprensible, ¿no? —Extiende el brazo y le muestra la foto de él mismo

junto a los Árboles Hermanos y portando una ropa hace tiempo pasada de moda. —Qué. ¿Qué se supone que tengo que decir a esto? —Este soy yo. —Joder. —Pepe respira profundamente y se cruza de brazos. —Sí, eres tú. ¿Y qué? —Yo no recuerdo haberme hecho una foto nunca. Esta foto está hecha en este pueblo y detrás pone: “Los Árboles Hermanos permanecerán casi tanto como el cariño sincero - 1972” Este, no puedo ser yo. —La respiración es aún más profunda que la anterior, la exhalación dura casi diez segundos y la cara de agotamiento emerge potente en el rostro del jefe de policía. —No tengo tiempo para chorradas, Eric. ¿Qué quieres que te diga? En el pueblo hacen festivales y chorradas. A veces hacen fiestas de los años ochenta, otras de los noventa. La gente se viste con las modas de las épocas y escucha la música que se escuchaba entonces. ¿Qué coño quieres que te diga? Me da igual que seas tú, o tu padre o mi propio culo. —Da un paso al frente de forma amenazadora y esgrima su propio dedo señalándole. —No me acuerdo del nombre de todo el mundo pero sí de ciertos detalles que considero importantes. ¿No tenías problemas de memoria? A lo mejor te mudaste hace poco pero quizá... No sé. Quizá estuviste aquí de vacaciones en un festival hace tiempo y no lo recuerdas. ¡Este es un puto pueblo vacacional! Uno que ahora mismo está de los nervios por un tarado. La gente no para de llamarme porque ha visto que el viento ha movido la cortina de la ventana de la vecina cuando no había nadie dentro porque habían salido a pasear al perro... Está todo el mundo loco perdido y poniéndome a mí de los nervios en consecuencia y tú no es que me llames como ellos para preguntarme tonterías, sino que me buscas como un paranoico sin control. —La cara de cachorro apaleado que ha debido de poner Eric sin que él mismo se diera cuenta de ello remueve algo en las entrañas del jefe de policía Pepe, quien vuelve a respirar profundamente, da dos vueltas sobre sí mismo para calmarse y de una manera más calmada y con voz más suave le pide perdón por su comportamiento. —Todo el pueblo me tiene como responsable de la muerte de cuatro criaturicas. Los compañeros tuvieron que volver de sus vacaciones porque el nuevo y yo no dábamos a basto y llevo casi una semana sin apenas dormir. El estrés es muy malo. Eres una buena persona, Eric, todo el pueblo lo sabe. Intenta no darle tantas vueltas a las cosas e intenta disfrutar de la tranquilidad que te mereces. Déjame a mí los quebraderos de cabeza. ¿Vale? —Parece una buena idea, la verdad. —Le contesta asintiendo lentamente.

Los ánimos se tranquilizaron y dieron paso a una relajada charla relacionada, cómo no, con el popular asesino del pueblo de Dulsin. Ambos divagan juntos y comentan que los sitios para deshacerse de los cuerpos son extraños. Eran lugares posiblemente escogidos de forma deliberada, para ser capaz de devolverlos sin que nadie lo pillara en el proceso, pero completamente a la vista para que los encontraran sí o sí. Eric da su punto de vista sobre la posible intención de “mandar un mensaje” del

asesino y a Pepe le parece cuadrar. El aparente conocimiento sobre el pueblo que parece poseer el asesino sigue dejando abierta la posibilidad de que ese loco sea un vecino del pueblo, y la conversación se interrumpe al llegar a la puerta de Eric, donde le espera una noche de descanso antes de que amanezca, cuando, si hay suerte, los jóvenes todavía poseerán ganas de recogerlo para pasar el día juntos e irse de acampada. Las luces rojas de la parte trasera del coche doblan la esquina y, nada más abrir la puerta, Eric cae en la cuenta. Agarra rápidamente el teléfono que se encuentra en la mesita de la biblioteca, marca el número de la comisaría y espera. —Ya vi a Pepe, se me ha olvidado decirle una cosa. Denis, cuando le veas dile que no tiene por qué ser vecino. Los visitantes casuales no aprenden mucho del pueblo, pero los trabajadores de las empresas cercanas al pueblo sí, suelen desayunar y comer e incluso cenar y quedarse a dormir. Ese tío puede ser un currante que vea todos los días las rutinas de la gente. —Con un “De acuerdo, le dejo un mensaje.” —Denis se despide y con un: —A descansar. — Se despide Eric de esta ajetreada noche.

Eric tuvo suerte por la mañana. Es lo que pensó cuando finalmente, al amanecer, los jóvenes llamaron a su puerta y con un —No podíamos hacerlo sin ti.— por parte de Dana y cargados con todos los bultos, le dieron los buenos días. El lugar para montar el campamento que les servirá de refugio por la noche fue fácil de encontrar. Ahora todos juntos se abren paso entre los caminos más alejados del pueblo de Dulsin, buscando las pistas marcadas con pinturas de colores, que le habían mencionado algunos de los vecinos de más edad a Eric, cuando este recaudó la información sobre el paradero del Riachuelo del Fundador. Es un camino, aunque marcado, difícil de encontrar y de seguir, ya que, los caminos están absorbidos por maleza que crece descontrolada. Además, el camino en sí es algo duro, porque es muy desnivelado en algunas partes y está lleno de zonas rocosas, sobre todo cuando uno pasa entre las bajas cordilleras que rodean el pueblo. —Vaya caminico curioso. Ya me duelen los pies y como me tuerza un tobillo a ver quién es el guapo que me arrastra. —Menciona Jeremy Griffin mientras le caen algunos goterones de sudor por la frente y las mejillas. —Vaya un quejica te me has vuelto. Hacía tiempo que no meneabas el culo, eh.— Le contesta su novia Maya. —Tú sabes bien lo que me gusta mover el culo y cuando lo muevo, eh, guapetona. —Le pellizca el trasero y continúa—. Pero sí que es verdad que no me esperaba esta paliza. —A mí me gusta esto. —Suelta Eric, más fresco que una rosa y con una sonrisa en la cara—. —Claro, joder. Tu harás mierdas de estas todos los días. Pero nosotros somos animales de ciudad. Ya estamos domesticados y no estamos tan asalvajados. —Ríen siendo golpeados por el sol de mediodía, que les calienta aún más los tensos músculos al seguir la dura ruta.

El ligero e inconfundible sonido del agua corriendo libre, les alerta a todos al unísono y les hace despertar de sus rítmicos y mecánicos pasos marcados por las señas de Eric, quien, como si fuera un perro rastreador, les ha guiado bien durante las últimas dos, casi tres, horas de paseo. Buscan por todas partes pero no logran verla a simple vista. En la zona hay muchísimos arbustos, algunos cuantos árboles, hierba demasiado alta e incluso una enorme pared de rocas y tierra, que parece limitar la zona. En lo alto de dicha pared, hay más verde, conquistando la cima con pura naturaleza. —No hay salida. —Tiene que haberla. —A lo mejor estamos escuchando el eco. —Ese sonido no es de un eco. Yo lo escucho muy cerca. —Sí, yo también. ¿Pero dónde coño está? —Tened cuidado donde pisáis. A lo mejor no se ve. —Y como un adivino, Carlos tenía razón. El río se desvela justo enfrente de ellos, pasando por debajo de docenas de ramas, raíces y arbustos que parecen intentar ocultarlo intencionadamente. —¿Qué es eso? —Pregunta Eric. —Yo... —Añade—. No sé si... Yo. Estoy algo mareado. —Mira a Dana, la cual se acerca dando tan solo un paso y medio y le pone con suavidad la mano en el hombro—. Me encuentro parecido a cuando encontramos la foto. —¿Qué coño dices? Solo es un puto puñado de agua. —Levanta la voz Griffin mientras avanza decidido apartando a Eric—. —Joder, tío. ¿Tienes prisa o algo? Déjalo tranquilo. —Contesta Carlos—. —¿A qué te refieres con que te encuentras parecido? Tranquilo, explícalo con calma. ¿Es lo de las cosas raras esas que te pasan? —Suave y tranquilizadora, como siempre, le dice Dana fijando la mirada en sus ojos—. —No es nada, es. No sé. Tengo el estómago revuelto y estoy un poco mareado. Cuando fuimos a la Casa de Drácula era como si el sitio me sonara, aunque sé que no había estado nunca. No recordaba estar nunca allí, y aquí tampoco. Aunque... —Hace una pausa mirando a su alrededor—. Aunque, esto me suena y mucho. Como si hubiese soñado con el sitio. —Eric asiente mirando a Dana, en señal de que no se preocupe, de que se encuentra bien. Se mueve hacia la derecha, mirando los árboles de la zona y la pared de unos cinco metros que todos tienen delante y, al llegar a un arbusto que posee unas hojas pequeñas, oscuras y frondosas dice: —Esto es Boj. Un tipo de arbusto que crece muy lento. Este tendrá décadas. —Lo manosea examinándolo, da dos pasos más y detrás, apartando la maleza que se encontraba en ese lado, desvela un pequeño camino de rocas planas que hace las veces de puente entre un lado y el otro del riachuelo oculto. —Creo... Creo que aquí hay algo. Y me da igual lo que me duela el estómago. Hemos venido para vivir alguna aventura, ¿no? —Intenta quitarle el hierro al asunto con simpatía, controlándose para no comportarse como la otra noche e intentar hacer caso a Poli Pepe y disfrutar con tranquilidad. —Nos vamos a dar con la pared... —Dice Ka, cuando avanzan, y siendo interrumpida al instante por la imagen de un gran hueco. La pared del desnivel parece tener una enorme cavidad de varios metros de ancho por varios metros de profundidad. Una cavidad de unos tres metros de altura. Como si la extensión de tierra y rocas se

extendiera flotante por encima de sus cabezas. Las lápidas que se encuentran en la zona permanecen estáticas, pareciendo estar esperando alguna visita desde hace mucho tiempo. Eric se queda paralizado y deja de avanzar al verlas, pero el resto del grupo se adelanta, con la boca abierta y los cuellos inclinados, en un estado de asombro y desconcierto. —¿Pero qué cojon... —No termina la frase Maya mientras agarra de la mano a Griff. Lo que se encuentra ante las atónitas miradas parece ser un pequeñísimo cementerio, con lápidas de piedra antiguas y rudas, bien estructuradas. De más cerca a más lejos la organización es de primero, seis tumbas, a continuación cuatro, después dos y al final del todo otras dos. —Hacía rato que no veía las marcas pintadas en las piedras del camino. Me he desviado —Casi susurra Eric—. No seguí el camino al prado donde el agua se ve claramente, pero he llegado aquí. Este sitio lo he visto antes, pero no recuerdo cuándo. —Dana y él se dan la mano mientras miran el lugar. Acto que no pasa desapercibido ante los ojos de Carlos, siendo el único que se da cuenta, (ya que nunca le aparta demasiado tiempo la mirada a Dana Lamar) se da la vuelta dirigiéndose directamente hacia fuera, mientras saca un cigarro de un paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo. —Yo también quiero irme. Esto da miedo de verdad. —Dice Kalina mientras le acompaña. Una potente e irrefrenable fuerza atrae a Eric, quien comienza a andar hasta las dos últimas tumbas con su mirada fijada en ellas, obviando las anteriores. Una, la de la derecha, está vacía, solo contiene el hueco en la tierra compactada con el largo tiempo. En la lápida de dicha tumba, en lugar de un nombre, se encuentra la silueta de una mano y una inscripción que dice:

“Todo día tiene noche donde refugiarse y descansar en paz.

Algún Día. Alguna Noche

Y por fin seré igual”.

—Es como si alguien hubiese apoyado la mano y después hubiera escupido pintura roja. —Menciona Maya. —Está vacía. —Lanza la obviedad Griff, mientras se acerca y echa un ojo al interior—. No hay nada. —Añade. Eric, tras examinarla, da dos pasos a su izquierda, toca la lápida colindante y lee la inscripción:

—AMOR.

Aquí yace el amor sincero, el amor libre. El amor que nos iluminó y dio vida. Gracias, abuela. Gracias, madre. Gracias, amor...

—Hace una pausa—.

Gracias, vida nuestra.

Se da la vuelta y abandona el lugar mirando de reojo, y sin apenas insistencia, el resto de nombres en las lápidas que quedan sin examinar. Como un niño con miedo de mirar el oscuro armario en la noche. Mayanin y Jeremy permanecen en el interior del enorme hueco repleto de tumbas, tras lanzarse una cómplice mirada entre ellos y Dana, para seguir observándolo todo, movidos por la irrefrenable curiosidad.

Carlos tira al suelo y pisa posteriormente la colilla. Ka se levanta de la piedra en la que esperaba mientras observaba en todas direcciones como una paloma hambrienta. Los torpes pasos de Eric, debidos a la prisa y su estado emocional, le hacen resbalar, llegando a pisar el interior del borde poco profundo del riachuelo, cuando está terminando de cruzarlo. —Espera. —Lanza Dana que va detrás a menor velocidad, en sus andares, para pisar con mayor seguridad. —Tranquila, no voy a salir corriendo como la otra vez. —Da media vuelta y deja ver un par de lágrimas que resbalan por su rostro—. Es solo que... Que no sé qué me pasa. Lo siento. Esto es raro. —Mira a todos los que están ahí—. Sé... Sé que soy un tío raro. Lo sé, creedme. Pero esto es raro hasta para mí. —Ríe de forma nerviosa y automáticamente después intenta controlar un leve gemido similar a un apagado y escueto semillanto. —No quiero hacer el ridículo, de verdad. Pero no sé por qué estoy así siquiera. No sé si debería de irme o... No sé. No quiero fastidiaros la excursión. —Tronco... —Le interrumpe Carlos—. Te preocupas demasiado. Ya sabemos que eres un tío raro como tú dices. Pero eres un buen tío, ¿no? Vamos, no te preocupes. Creo que te obsesionas demasiado con las cosas. ¿Es eso? Relájate un rato y listo. Este sitio es increíble y no lo habríamos visto si no fuera por ti. —Griff y Maya asoman el hocico apartando la maleza que oculta la cavidad de la que salen, mientras escuchan el discurso—. Vamos. Quédate ahí a un lado un rato y tranquilízate. Mientras te esperamos. —Es verdad, Eric. —Comenta Dana dando un paso hacia delante—. Relájate un rato y luego volvemos al campamento que hemos montado. Todos estamos cansados y aún nos queda la vuelta. —Junta las manos y se las lleva a la altura del pecho—. Nos queda pasar una buena noche, todos juntos. —Mira a su alrededor, clavando su mirada en las caras de sus amigos—. Haremos el tonto de acampada, comeremos algo, nos beberemos unas cervezas y acabaremos las vacaciones entre risas. ¿Sí? —Claro, pichón. Nos queda rato juntos. —Añade Griffin. —Sí. Tranquilos. Si no quiero irme. —Eric fija su mirada con la de los allí presentes—. Sé que solo tengo que calmarme un poco. Que locura, eh —Ríe—. Esto no me había pasado nunca. Es parecido a lo de anoche pero... No sé. Intenso.

Carlos está terminando otro de sus cigarros. Eric permanece de pie mirando la naturaleza del lugar. Maya coge el brazo de Griff y se lo echa encima de sus propios hombros. Dana observa al suelo claramente pensativa. Y Ka, mirando en varias direcciones pero sin fijarse en nada concreto, rompe el silencio: —¿Se te pasa? —Sí, sí. —Contesta Eric—. Si esto es de lo mío, se lo tendré que decir al médico. Parece que después de un rato se me pasa. ¿Un tipo de **ataque** nuevo? Lo manejaré igual que los demás. Sin preocuparme y dejándolo pasar. —¿Es ansiedad de esa? —Menciona Griff. —No lo creo. —Contesta Eric acercándose a ellos. —Parece una buena putada. —Suspira Dana Lamar. —Sí que lo es. No pasa nada. Uno espera un rato y listo. —Se encoge de hombros Eric mientras piensa “Es raro que se preocupen por mí de esta manera. Dana y Carlos me parecen diferentes al resto. ¿Por que?” —Venga. Vámonos. —Suelta enérgico Griff, con su característica y animosa sonrisa. Y todos se ponen en marcha, abandonando el verde, salvaje y curioso lugar. Dejando atrás ese diminuto y oculto cementerio, el cual se oculta tras la maleza de la mirada de cualquiera que no tenga un espíritu suficientemente aventurero como para querer descubrirlo.

Capítulo 4

ÚLTIMA PARTE - 552

La hoguera en el centro, ilumina de forma intermitente, con su característico color anaranjado, las caras, hombros y rodillas de todos ellos, los cuales, están situados alrededor, formando un círculo entre las tiendas de campaña y el punto de luz. Todos alejados de la oscuridad de la nocturna periferia de Dulsin, donde no hay farolas, ni ningún tipo de iluminación eléctrica. Teniendo la bombilla más cercana a casi un kilómetro de distancia, situada en la punta de la antena de comunicaciones del pueblo, para marcarle a los helicópteros que pasen cercanos, que ahí se encuentra un objeto que no se ve en la negra noche. Dicha antena se alza por encima de ellos, en la distancia, y arriba de todo cuanto ven, situada en lo alto de una colina arbolada. Ya han cenado todos sus bocadillos, piezas de fruta y respectivas cervezas y botellas de agua y soda. Las historias y relatos vuelan acompañados de diferentes y graciosas anécdotas. La tranquilidad les ampara y recoge, tras el aviso por parte de Eric, asegurando que en la zona no hay nada que les pueda arrebatar la paz. No hay nada peligroso en la periferia de Dulsin que se suela acercar a las hogueras y ruidos de los campistas y, aunque esta no sea una zona habilitada para ello, ninguno corre el más mínimo peligro. Cualquier araña de la zona, como mucho, provoca un dolor similar a una picadura de avispa o abeja. Las serpientes no llegan ni a ser catalogadas como serpientes, son más bien pequeñas culebras que, si te muerden, solo te pinchan con unos secos y vacíos colmillos enanos. Los zorros no se acercan, los pájaros ya duermen y los jabalíes buscan raíces en las faldas de las montañas a varios kilómetros de allí. —¿Cómo sabes tanto de tantas cosas? —Pregunta Ka. —Sí, eso. ¿Cómo sabes tanto? Eres como una enciclopedia de cosas que la peña desconoce. —Añade Griff. —No lo sé. Imagino que es parte de perder la memoria. Que sabes cosas pero que no sabes dónde las aprendiste ni por qué. —Ríe Eric—. No sé ni lo que sé. Simplemente o lo sé o no. A lo mejor vosotros recordasteis como aprendisteis a montar en bici y sabéis que podéis. Pero yo... Primero me subo y, una vez que ya me he montado en ella, sé si se montar o no. —¿Y si no sabes montar? —Interroga Dana—. —Pues me caigo de culo y así ya lo sé. —Ríen todos al unísono—. —Oye. Entonces. ¿Eres virgen? ¿O no lo sabes? ¿Tienes que montarte para saberlo? —Lanza Griff con una curiosa mueca en su cara. —Bueno. —Contesta Eric tras mostrar una breve risa—. No lo recuerdo. Pero se supone que tengo veintiséis años. Tendré que haberlo hecho, digo yo. Aunque no en este pueblo. No he ligado mucho

que digamos desde que llegué. —¿Cómo que se supone que tienes veintiséis años? —A ver. Es una forma de hablar. Es lo que pone en mi carnet de identidad. Pero como no recuerdo celebrar ningún cumpleaños... Pues eso. —Lo de la edad no tiene nada que ver con follar o no. —Dice Griff, haciendo girar bruscamente la mirada de Maya, la cual se clava en la de su novio con una mueca de irritación clara, que no pasa por alto Eric, pero que no menciona en ningún momento. —Dices que solo recuerdas desde hace un año y poco, ¿no? —Levanta el cuello Kalina al terminar de mirar a sus amigos. —Más de un año y medio. —Entonces. No recuerdas nada de antes. Te falla la memoria. Y también, a veces ves y escuchas cosas raras. Como un esquizofrénico o algo. —Vale ya. Para. —Interrumpe Dana—. —No pasa nada. Es normal que la gente tenga curiosidad. No es esquizofrenia. Es diferente. Lo mío es **otra** cosa. —¿Qué cosa? —La sonrisa de Ka y Griffin, contrasta con las serias caras del resto. —Me lo explicaron hace tiempo. No recuerdo bien si me dijeron algún nombre concreto o algo. Pero recuerdo lo que es y que me dijeron que no era eso. —Pero si te falla la memoria y encima te pasan esas cosas raras. ¿Cómo puedes estar tan seguro? A lo mejor tu cabeza se lo inventa y tú no te das cuenta. —Señala Griff—. —No. —Mira Eric a todos—. No funciona así. Yo soy muy consciente de todo. —Tu parecías saber mucho del asesino ese que anda suelto. Eso nos dijo Ka. —A mí no me metas. —¿Que no te meta dónde? —Parad ya, chicos. Ya vale, lo hablamos. —Se levanta Dana. —Tranquila. Te molesta todo, hija. Solo hablamos. ¿Tanto te molesta que hablemos nosotros con Eric? Cómo te gusta acapararlo. ¿A que sí, Carlitos? —Comenta Maya—. —Eres muy imbécil a veces. —Responde Carlos levantándose. —A mí no me llames imbécil, paradito. —No empecéis, por favor. Si seguís me voy. —Advierte Dana. —¿Dónde te vas a ir aquí? Aquí no hay nada. —Responde Maya levantándose también.

De nuevo, sin que se sepa bien cómo empieza, todo el grupo comienza a discutir y a echarse en cara cosas los unos a los otros. Eric, sin saber bien qué hacer, simplemente observa intentando no meterse demasiado, ya que las últimas veces que lo ha hecho, le han dejado claro que la cosa no va con él. Dana se marcha diciendo que tiene que usar el baño. Ella aprovecha la confusión y agarra el paquete de tabaco de Carlos, que se encontraba en el suelo a su lado. Se aleja de ellos, no soporta que discutan. Siempre discuten y parece que cada vez más veces y con mayor énfasis. Al estar tan harta, decide alejarse hasta que todos esos griteríos e insultos se transformen en un simple y apagado murmullo de fondo. Primero se enfrentaron Maya y Carlos, después, Griff se unió, a continuación, Ka se sentía tan mal que tuvo que defender a Carlos. Aunque Carlos no quiso su ayuda y se puso en su contra, recordando de paso ciertas rendijas entre ella y Maya. Todo sucedió muy rápido y de forma muy alterada. De pronto, cuando Eric quería poner paz, Ka se lanzó contra él, acusándolo de raro, desconfiable y posible asesino. Carlos intenta defenderlo pero Kalina insiste. Todo parece haberse ido de las manos y es un caos. —Esta clarísimo, joder. Él tiene que ser el puto loco que ha matado a esos niños. Seguro que había una voz que se lo dijo.

Hasta puede que lo hiciera a propósito y use de excusa las locuras y eso, para que no lo metan en la cárcel. Eres muy raro Eric. ¿Te llamas así?

—Algo se activa en la cabeza de Eric al escuchar la pregunta que no da veracidad a su nombre—. —¿Siempre te has llamado así? Porque nosotros te conocemos por otro nombre. —¿Qué? ¿A qué te refieres? —¡Para!

—Grita Carlos. —¿A qué te refieres con eso? —Repite Eric—. —Que te llevamos viendo toda la vida, chaval. Que eres muy raro y nos das miedo. No nos acordábamos el primer día, pero cuando hablamos... Joder cuando hablamos. Nos quedamos locos. —¡Para ya, Kalina! No se lo íbamos a decir. —¿Decirme el qué? —Se sienta Eric al flojearle las piernas, mientras toma una postura de sumisión, esperando que le confíen las respuestas que busca—. —Cuando éramos niños y veníamos a este pueblo de mierda cada verano, te veíamos por ahí dando vueltas. Sonriéndole a la gente. Si hasta hablaste con nosotros. Pero tenías la misma cara. ¡La misma puta cara! Eras igual, no has cambiado nada. —¡Kalina, joder, para! —La agarra Carlos—. —La misma puta cara. Eres raro de cojones y me das miedo. —Le amenaza Kalina señalándolo con el dedo mientras Carlos la aleja. Las palabras se vuelven forcejeos, las manos hacia adelante de Griff y sus palabras diciendo que se calmen y que todo se les está descontrolando, no los detiene en la alterada y enfurecida danza de empujones y agarrones. Hasta que Kalina, para provocar que Carlos la deje en paz de una vez, lo tira al suelo, agarra una piedra y se la incrusta con todas sus ganas en el primer sitio que pilla, impactándole en el cuello y hundiéndole la nuez. —¿Qué coño?! ¿Qué haces?! —Grita Griffin y, junto a Eric, se acerca a intentar ayudar a Carlos, que está en el suelo, echándose las manos en el cuello, pataleando y levantando el polvo del suelo, poniéndosele los labios azules y emitiendo unos sonidos extrañamente angostos de angustia y miedo. —No, no, no, no— Repite una y otra vez Eric palpándole y examinándolo—. —¿Qué cojones has hecho Ka? —Le dice con los ojos como platos y sin creerse lo que ha ocurrido. —Ha.. Ha sido culpa suya. Él lo ha hecho. —Se defiende señalando a Eric. —¿Qué? ¡No! —Responde el mismo Griff. —Ya, ya, ha sido... Ha sido un accidente. Lla... Llamaré a la ambulancia. —Carlos se retuerce más aún que antes, en un extraño movimiento nervioso que poco a poco baja de intensidad, hasta que se detiene totalmente. Eric le ha examinado el cuello, pero sin encontrar manera de hacer nada por él. Antes de que nadie diga ni una palabra, Maya, hecha una furia y completamente desbocada y enloquecida, comienza a apuñalar a su novio Griffin en el cuello, cara, espalda, hombros y brazos mientras él intenta cubrirse quedándose sin aire por el susto y el dolor. —¡Eres un cabrón hijo de puta! —Grita apuñalándolo, ante la atónita mirada de Kalina y Eric, los cuales no pueden apartar la mirada del terrorífico y demencial acto que está produciendo Mayanin, (sin duda) de forma deliberada—. ¿No te bastaba?! ¡No te bastaba con que me pusiera su ropa! ¡Tenías que pajearte y mirarla y abrazarla y pensar en ella todos los días! Puto enfermo de mierda. ¿POR QUÉ?! —Grita mientras apuñala un cuerpo que ha dejado de moverse—. ¿Por qué tenías que ser un hijo de puta pederasta de mierda?! —¿Qué... —Rompe el posterior silencio Kalina, que

mira temblorosa, la ensangrentada cara de su amiga Maya—. ¿Qué haces? Por... ¿Por qué haces eso? ¿Qué estás haciendo? —Maya mira el cuerpo de su novio, se levanta, se aparta de su lado y con la mirada casi totalmente perdida, no puede evitar dar una escueta explicación: —No sé por qué el muy cabrón está... Está obsesionado con mi hermana. Lo pille tocándose con una puta foto suya de la piscina. Naisha solo tiene 12 años, joder. Mi... Mi hermana... —Esto no está bien, Maya. —Intenta tranquilizarla Kalina. —¿No lo entiendes? Ha sido el asesino. —Da un paso hacia adelante y Ka retrocede ese mismo paso—. Lo ha hecho el asesino. Se ha cansado de los niños y ha venido a por nosotros. —No, Maya. Lo mío ha sido un accidente. Solo... Solo un accidente. —¿Un accidente?! Que no, joder. Kalina, ha sido el asesino, y está aquí. —Clava su mirada en el petrificado Eric. —Si nosotras te hemos reconocido, algún vecino también. Eres un raro que lleva con la misma cara y teniendo veintiséis unos quince años si no más. No has envejecido nada. Y cuando los del pueblo se den cuenta, te van a encerrar. Por raro y asesino de gente. —Eric está completamente en shock. Las palabras penetran por sus oídos acompañados de la extraña y ensangrentada cara de la muchacha que entra a través de sus ojos clavándose en su cabeza, repitiéndose una y otra vez. **“Raro. No has envejecido. La misma cara. Raro...”** Kalina se abalanza sobre ella, intentando arrebatarle la conocida navaja de Griff de la mano. Ambas forcejean, caen al suelo y se revuelcan por el suelo, incluso pasando por encima de la hoguera. Kalina se levanta con la navaja en la mano y tras un parpadeo, ve como en su mano está cayendo sangre, sangre que sale de su propio cuello. —Oh, Dios mío. —Dice, mientras con la mano que no está armada, y de forma extremadamente nerviosa, palpa su cuello y comienza a apretar la herida. Maya se levanta, con el pelo y la chaqueta roja ardiendo y se lanza violentamente contra Ka. Kalina pone el cuchillo hacia delante y consigue clavárselo en el costado a Mayanin. Ambas dan otro par de vueltas en el suelo y se vuelven a levantar. Ka busca por todas partes, sin dejar de apretarse el cuello (el cual no deja de sangrar), el objeto afilado que le daba ventaja, hasta que las dos lo encuentran a la vez, alojado en el pecho de Maya. —¿No lo entiendes? Él gana. —Dice Mayanin intentando dar un paso, pero cayendo de frente. Eric y Kalina se miran. Ella está más blanca que la leche, comienza a entrecerrar los ojos, se tambalea. —¿La misma cara? —Pregunta Eric. Ella asiente y cae al suelo, justo cuando aparece Dana gritando que cuál es el follón que están armando. Dana ve caer a su amiga, mira a su alrededor y ve a todos en el suelo, incluyendo el cuerpo de Maya cuya cabeza aún arde. Mira a Eric y a él solo le salen las palabras: —¿Me visteis de pequeños? —Se señala a sí mismo—. ¿Con la misma cara? —El desgarrador grito que emite Dana resuena con mil ecos en toda la zona, y comienza a buscar su teléfono móvil en su pantalón, nerviosa y sin apenas atinar a la hora de introducir su mano en el bolsillo. Eric mueve los pies comenzando a ponerse en pie y antes de que pueda excusarse y afirmar que él no ha tenido nada que ver, ella se da media

vuelta y comienza a correr.

La enloquecida carrera envuelta en gritos por parte de Eric asegurando que él no ha sido, más los gritos de puro pánico de Dana buscando ayuda, mientras ella marca el número de la policía en su teléfono, llegan a oídos de cualquier animal que se encuentra en la cercanía, provocando que huyan despavoridos, de la atronadora competición de velocidad. La carretera, despejada de ramas y arbustos, sorprende a Dana. Mira a ambos lados y allí, a la derecha, en la lejanía, ve las azules luces de dos coches de policía. Luces que pronto son acompañadas por los faros delanteros de estos. Eric sale de entre la ramificada oscuridad, tropezando y cayendo a la carretera dando una voltereta por el suelo. —¡Aléjate, joder! ¡No te acerques! —Grita ella, cuando lo ve tirado en el suelo, con un brazo extendido hacia delante. —Yo... Yo no he hecho nada. De verdad. ¿Verdad? —Y una puta mierda. ¡Cabron! —De verdad. De verdad, se han... ¿Verdad? Se les ha ido la cabeza. —¿La cabeza? La de todos menos la tuya. ¿No? Sabía que no teníamos que habernos acercado a ti. Ellos... Joder... ¡¿Qué has hecho?! —Ambos coches de policía se detienen cuando Eric, sin apenas equilibrio, se está levantando. Denis sale a toda prisa de su vehículo, saca su arma de fuego y apunta a ambos de forma intermitente. —¡Ayúdame! Los ha... Este es el loco. ¡Es él! —Grita ella, señalando y mirando el desencajado y mareado rostro de su perseguidor. El jefe de policía Pepe, agarra la mano armada de su compañero, bajándola suavemente y ordenándole que él se encargue de la mujer, tratándola bien e intentando que se relaje. —A mí déjame a Diego... A el otro. —Se corrige a sí mismo. Da varios pasos firmes, casi obviando la presencia de la alterada muchacha y avanza decidido. —Hola, buen hombre. ¿Me ayudas con una cosa? —Dice—. Creo que podrías ayudarme con algo, vecino. Necesito tu ayuda, buen hombre... —Saca su linterna, apoya una mano en el hombro del tambaleante Eric y le apunta con el haz de luz a los ojos, acercando y alejándolo. Moviendo la linterna de un lado al otro, apuntándole directamente a la mirada, de forma aparentemente aleatoria. Denis acompaña a Dana al vehículo intentando tranquilizarla y diciéndole que está todo controlado. —Es él. Es el asesino de niños. El que los metía en un saco. Los ha matado a todos. Ha matado a todos mis amigos. Es el loco. Ayuda al otro poli. Ayúdalo —Reclama histérica—. —Ese loco que dices lo pillamos anoche. —Contesta. Dana deja la boca abierta. Con los ojos como platos, gira la cabeza hacia la ventanilla y observa como el jefe de policía Pepe, se quita su chaqueta, se la echa por encima de los hombros a Eric, habla con él y juntos andan lenta y torpemente hasta introducirse en el vehículo que se encuentra detrás. —No pued... —Se interrumpe a sí misma por el intenso asombro y los nervios producidos por la cercana experiencia vivida, mientras ve como, a diferencia de ella, Eric no entra en la parte trasera, sino en la delantera, como un acompañante de confianza. Mira hacia delante, al retrovisor y ve la mirada dubitativa de Denis, quien parece estar también ligeramente sorprendido, aunque aguantando el tipo de forma profesional. Mira de nuevo atrás para

confirmar que lo que vio fue correcto y deja la mirada perdida entre sus rodillas, pensativa, sin encontrar solución a sus preguntas jamás lanzadas. —Falta por venir un coche, con los compañeros. Ellos hablarán con los testigos. “¿Qué testigos?” Piensa Dana, pero no habla. No habla al quedarse muda. Muda por la impotencia. Muda por el desconocimiento. Muda por los nervios. Muda al menos, durante el tiempo que dura el trayecto hasta la comisaría de Dulsin.

La sala de interrogatorios es fría, de colores pálidos, muy parecida a la de las películas y series. Hay pocas diferencias, como el moteado suelo parecido al de las viejas casas de la zona, las paredes tienen lo que en el lugar llaman gotelé y en un lado, la puerta tiene una cortina densa y opaca. Pero tiene otras cosas en común, como el gran espejo falso que refleja la triste y derribada mirada de Dana, o las luces azuladas del tubo fluorescente que provienen del blanco techo. Denis voltea, busca y remueve sus dedos entre varios papeles y carpetas. La mira durante un segundo mientras sigue pasando hojas. Ella, sin saber qué pensar o cómo actuar en una situación como esta, ya que uno nunca aprende a desenvolverse en este tipo de momentos tan poco probables, respira profundamente, mira al espejo, mira al suelo, la mesa y simplemente deja vagar su alterada mente. —Bueno. —Rompe el silencio el más novato de los agentes de policía del pueblo—. ¿Qué es lo que ha pasado? —Ella responde, con una voz suave y apagada, casi mecánica. Relata cómo, hace más de una semana, vieron a Eric. Les sonaba a todos, pero, hasta que no se encontraban de nuevo en el motel, no lo recordaron. Se quedaron alucinados cuando todos recordaban haberlo visto deambulando por el pueblo cuando eran pequeños y veraneaban juntos en Dulsin. Habían pasado más de diez años y Eric seguía siendo igual. Recordaban haber hablado con él y haberlo visto hablar con los habitantes del pueblo. La cosa se quedó ahí hasta que volvieron a verlo. No pudieron resistir la tentación y tuvieron que hablar con él. Tras la charla pensaron que se habían equivocado, pero después de uno o dos días, cayeron en la cuenta de que eso era imposible. **Era la misma persona sí o sí** y encima, había pasado tiempo y **estaba igual**. No era para tanto, ya que hay gente que se conserva bien, casi igual, hasta que ya llegan a cierta edad. El problema fue, cuando él mismo les dijo que llevaba poco tiempo en el pueblo, lo cual era imposible. Todos **pensaban que les engañaba** y **querían saber** el porqué. Empezaron a incluirlo en sus planes y, movidos por la curiosidad, mostraron cada vez más interés en conocerle. Todos pensaban que **estaba loco** y que **se inventaba las cosas**. Él mismo **decía que su cabeza no estaba bien** y era obvio que cuando decía que no se acordaba de las cosas **era mentira**. Pero no sabían por qué les quería engañar. A ellos, a unos que están de paso y que no iban a volver a pasar por la zona en cuanto se fuesen. Cada vez hacía cosas más raras. A Dana le preocupaba habiéndola convencido de que era buena persona, aunque los demás querían explorar hasta dónde podría llegar el asunto.

Esta iba a ser la última noche que pasaran juntos, hubo un momento en que se alejó durante un rato de sus amigos, para ir al baño y fumarse un cigarro **para despejarse**, y cuando volvió, habiendo pasado **solo quince minutos o menos**, tras haber escuchado gritos, vio que Eric había matado a todos. —No nos fiábamos de él. Yo un poco, pero ellos nunca. Tenía que haberles hecho caso. —¿Para despejarte? ¿Despejarte de qué? —Discutían. —¿Discutían a menudo? ¿Era la primera vez? —No... —No ¿Qué? —Que... —Titubea un segundo—. Que no era la primera vez. —Tras hablar durante unos pocos minutos, Denis relata la llamada que tuvieron esa noche y por la cual ellos estaban de camino a esa zona, habiéndolos encontrado en el trayecto. Relata como, un joven trabajador de la compañía de teléfonos, les llamó cuando estaba trabajando durante un arreglo de emergencia y esperando confirmación de un compañero, que se encontraba al otro lado del pueblo, para verificar que la cobertura era ahora estable. Él junto a su otro compañero allí presente, hacían el tonto con los prismáticos, en lo alto de la antena de comunicaciones situada en una colina a casi un kilómetro de distancia de su —la mira un instante— **improvisado e ilegal** campamento. Relata como el joven trabajador asegura que se fijaron en ellos porque eran el único punto luminoso y llamativo de la zona y que, cuando les estaban **poniendo vocecitas** en los gestos que producían, desde unas distanciadas observaciones, comenzaron a ver como se peleaban entre ellos. Denis saca una pequeña libreta abierta de su bolsillo y añade: —Cito textualmente: **Entre ellos estaba Eric. Nos extrañó verlo con gente, aunque nos alegramos. Pero, en cuanto vimos que había jaleo, llamamos a Poli Pepe. A los demás se les fue la pinza y se pelearon entre ellos, tío. Joder, hasta dos payasas pasaron por encima de la puta hoguera. Cuando vimos sangre, y créeme ,colega, era sangre, y Pepe no había cogido la llamada aún, hemos llamado aquí, a la comisaría.** —El silencio dura tan solo un minuto. —El asesino ese... —Denis reúne todos los papeles y el resto de parafernalias que se encuentran en la mesa, los junta y los deja apilados en la esquina—. Ese que ha estado tocando los cojones durante dos semanas. Lo pillamos anoche. No esta noche... Sino... Bueno, anoche. Ya sabes. —Hace una pausa en la que Dana, con un rostro petrificado, no dice ni una sola palabra—. Nos mandaron una foto. Hecha con el móvil. El colgado estaba dejando un último cuerpo en un sitio, lo pillaron y le echaron una foto. Ahora todo el mundo tiene un móvil con cámara aceptable. Y nos ha venido de perlas. Lo reconocieron como El Tío Mirlo. Un usual de la zona, comía, desayunaba y esas cosas por aquí. Cuando lo pillamos dijo que dudaba de que **existiera**, que sentía que **nadie lo veía**. Un colgado, vamos. —Respira profundamente—. Era un sospechoso al que ya habíamos interrogado. Un trabajador de la fábrica esa grande que siempre está petada de coches y camiones. Los móviles de ahora, eh. —Dana no habla, no produce sonido alguno, ni se mueve. Parece que ni siquiera respire. Parece estar en un estado catatónico. Denis le avisa que está de camino un psicólogo muy bueno de la ciudad, que ayuda a la policía con traumas vividos, y le dice que todo va a salir bien. Le dice que todo va a salir bien sin tener ni idea,

solo porque le enseñaron que es lo que tenía que decir en estos momentos. Lo dice sabiendo que, lo más probable, es que esa joven mujer tenga que enfrentarse a una enorme batalla que durará demasiado tiempo. La clase de batalla que la gente, normalmente, no tiene pensado tener que luchar jamás.

El catre de la pequeña sala sostiene su peso cómodamente. Delante, sentado en una silla, y siendo iluminado por el fluorescente tubo de luz de la improvisada sala de descanso de la comisaría de policía de Dulsin, se encuentra José Hernández Klein, alias, Poli Pepe. No sabe bien si lo reconoce o no. Le suena. Le suena mucho, de forma casi familiar, aunque no lo termine de ubicar. —Sé que estás confuso, mareado y puede que algo alterado. —Le dice Pepe—. —No. Estoy tranquilo. —Contesta, escuchando en el interior más profundo de su cabeza mil y una voces que le hablan de forma desbocada. Mil y una voces que hablan al unísono, tranquilas, pausadas, pero todas a la vez, haciendo del conjunto un irreconocible murmullo. —Eres consciente de que tienes problemas. ¿Verdad? —Su voz es calmada, tranquilizadora. No es en absoluto amenazadora y su sonrisa, amable y reconfortable—. Problemas de memoria. Lo sabes. ¿A que sí? —Continúa—. Te has mudado al pueblo hace poco y ya te has perdido. Pero no te preocupes, no pasa nada, buen hombre. —Tras la figura iluminada de Poli Pepe, caras, sonrisas, orejas, ojos, animales que revolotean dentro de la pared—. Tienes un trauma. Pero no es nada de qué preocuparse. Nosotros, los vecinos, nos ayudamos. Tú nos has ayudado, Michael. Además, soy policía. Yo te ayudo encantado. —¿Qué pueblo es? —Pregunta calmado. —El pueblo de Dulsin, Michael. Es un buen pueblo. —Sí. Eso parece. —Responde apartando la mirada y frunciendo el ceño pensativo. Pepe se levanta un segundo, saca la cabeza por la puerta y encuentra a Denis, esperando apoyado en la pared, concentrándose en recoger cualquier sonido con sus oídos, fuera de la habitación. —Necesito que vayas a los archivos. En el mas antiguo. Y dentro saca un archivador grande. —Le habla a susurros—. Uno en el que pone **Manual de Reinicio w-95**, después, abre mi cajón, saca la agenda de cuero y busca el numero de teléfono apuntado como **Limpieza de Reinicio. Hermanas Vera**. Llámales. —Pero... —¿Me escuchas o tengo que apuntártelo? Céntrate. —Tendrás que decirme qué está pasando. —Eres muy nuevo y esto es grande y confuso al principio. Luego te cuento. Ahora haz lo que te digo. Llama. Llámales de mi parte y les dices que **habiliten la suya de la calle Vidriero**. —Cierra la puerta, se vuelve a sentar, le pone una mano en el hombro. —Ya estoy aquí, de vuelta. —Le mira fijamente, se cruza de brazos y continúa: —Bueno, Michael. Le vamos a ayudar. Menos mal que tenemos sus datos en la comisaría, eh. —¿Michael? —Sí, señor. Michael L. Beesley. De veinticinco años. Usted se mudó a este pueblo hace pocos días pero, gracias a los datos de su pensión militar hemos visto que dispone de una propiedad en la calle Vidriero. Una casa en una zona tranquila. Estos datos nos los dio el banco,

ya sabes, es un pueblo pequeño, todos nos conocemos y nos ayudamos. El señor Hernán nos facilitó el reconocerlo. Mañana por la mañana tendrá sus nuevos carnets y así no tendremos que buscar los extraviados. —Hace una pausa—. Es muy malo perderse. Pero no es el fin del mundo. Puedes descansar en nuestro cuarto de descanso esta noche y mañana te acompañaremos a tu casa. Las sábanas y la manta están recién puestas. Las cambiamos todos los días. —Lanza una sonrisa—. Le ayudamos encantados, suboficial sénior Michael.

La sala de descanso para visitas es amplia aunque no demasiado, con sus baratos pero cómodos sofás de color verde oscuro y sus reposabrazos de madera clara. Con las mesitas bajas y oscuras, perfectas para sostener los cafés de la máquina. Han pasado varias horas y Denis, aguarda impaciente y deseoso de saber qué ha pasado. Ha sido una noche de locura, tras una anterior noche de locura. En general, y siendo sinceros, Denis lleva un par de semanas de locura. Hacía tan solo dos meses, cuando llegó al pueblo, habiendo sido contratado en la comisaría de policía, le habían asegurado que era un lugar de lo más tranquilo. —Tranquilo los cojones. —Dice a la nada en voz alta, repasando sus pensamientos y los acontecimientos vividos. Se levanta, da un paseo de un lugar a otro. Se vuelve a sentar. Ojea unas revistas viejas. Mira los crucigramas y sudokus ya rellenados por alguien. Se vuelve a levantar. Y ahí, cruzando la puerta, con unas ojeras monumentales, el pelo revuelto y sudor en la frente, aparece Poli Pepe, que al verle, pone cara de pocos amigos. —Pero... ¿Qué haces aún aquí? Te dije que te fueras, ahora vendrán los compañeros para sustituirnos en la guardia del Tío Mirlo, hasta que llegue el juicio. Lo de los colgados estos, que se han matado los unos a los otros, está resuelto, y a la muchacha la ha recogido su familia hace rato. No tienes **nada** que hacer aquí. Pírate a sobar. —¿Cómo me voy a ir? ¿Qué pasa con **el otro**? Si me voy a casa no voy a poder dormir. Vamos, suéltalo mientras vienen los demás y luego descansamos. Tendrás que decirme las cosas algún día, ¿no? —Ríe agotado—. Hice las llamadas. Los dos sabemos que esto es raro de cojones y quiero saber qué pasa. —Poli Pepe respira profundamente. Reúne fuerzas. —Es que... No sé cómo decirte esto. Sé lo extraño que puede sonarle a cualquiera. —Esa noche, Denis tiene que ser convencido de que el hecho insólito que es relatado por los labios de su jefe José Hernández Klein, es verídico. Siendo advertido de que, al igual que le pasó a él en su infancia, solo se convencerá con el pasar del tiempo. Eric, Michael, Diego, El Buen Hombre, El Viejo Fino, Kharm o como se le quiera llamar con cualquiera de tantos nombres y apodos que ha tenido, lleva en el pueblo de Dulsin toda la vida. Toda la vida de Pepe. Toda la vida de su padre. Toda la vida de su abuelo. Y toda la vida de cualquier persona que haya vivido en el lugar y haya querido dejar algún tipo de registro. Es extraño, insólito e increíble, pero cierto. Una certeza de la que, reiteradamente, se tiene uno que autoconvencer con el pasar del tiempo. Una y otra vez. Sin saber muy

bien cómo, Pepe le tiene que explicar a Denis que ese individuo, es una persona muy peculiar. Una persona que siempre ha estado en el pueblo, ayudándolo en todo lo que pueda, como con un deseo irrefrenable. Dicen las malas lenguas que él, siendo antes un enorme y aterrador mal, un día, cambió. Cambió por su propio interés, al abrir los ojos y darse cuenta de las atrocidades que estaba cometiendo en nombre de la bondad. Pero no hay bondad alguna en actos malignos, sean cuales sean los resultados. Así que viajó. Se aprovechó de su condición y viajó. Viajó y aprendió todo lo que pudo y más. Primero sobre el control de su propia memoria, la cual era tan extensa que lo avasallaba, aturdía, enloquecía y corrompía. Después, sobre el control de sus emociones. Él mismo, junto a algunas personas del pueblo, desarrollaron un método de hipnosis, el cual, le otorgaba la posibilidad de reiniciar su vida. Haciéndole perder la memoria, a propósito, para volver a empezar. Para empezar una y otra vez. Y de esta manera, conseguir llevar vidas normales. Una y otra y otra vez. Un método que no es perfecto, ya que su memoria se regenera de vez en cuando y le hace recordar, aunque él crea que lo que imagina no sea real. No es un método perfecto, pero sí el único factible. Esta ha sido la primera noche que José Hernández Klein, alias, Poli Pepe, ha realizado el **Reinicio** sin la ayuda de su padre y el anterior médico del pueblo. Y la segunda vez que participa en él. Se dice que el experimento del **Reinicio** no funcionaba, hasta que este individuo tuvo un accidente, dejándole alojado en el interior del cráneo un enorme clavo ferroviario de hierro, que ahí permanece hasta el momento. En esta ocasión, su nueva y tranquila vida ha durado menos de dos años, pero quién sabe, quizás ahora tenga más suerte, como ocurrió la vez anterior, cuando Samuel Hernández Vera le otorgó el nombre de Diego por su héroe favorito. Ni él mismo tiene conocimiento de esto, su pasado le perturba, y esta es la única forma de que tenga una existencia en paz. Le encanta cuidar de este pueblo y todos los del pueblo le cuidan. Es tradición. —Solo te lo creerás con el pasar de los años, compañero. Bienvenido a Dulsin. Y enhorabuena por el puesto de trabajo. Yo me voy al sobre. —Finaliza Poli Pepe, saludando con la mano a sus otros compañeros, que acaban de entrar en busca de un café, dejando a Denis en el lugar, el cual no le cree ni le creerá. No hasta que vayan pasando los años y vea como Michael, un año tras otro, seguirá andando y saludando. Un día tras otro. Sin añadir ni una sola arruga a su rostro. Ni una sola cana a su cabellera. Ni una sola enfermedad a su cuerpo. Año tras año. Día tras día. Vida tras vida.

Capítulo 5

FINAL - 02

Hace un par de horas que se ha levantado y ha desayunado. La fresca y aún oscura mañana da los buenos días con su grisácea y difuminada luz, cuando, al abrir la puerta y tocar con sus zapatos deportivos la calle, recibe el viento otoñal en el recién rapado cabello. La camiseta verde oliva ondea junto a los cortos pantalones negros. La chaqueta, aunque necesaria en la quietud, es innecesaria en la carrera, por lo tanto, se ha quedado colgada en el perchero. La señora Marín y la señora Martín, se asoman al balcón de su casa, tapadas con sus gruesos pijamas, y divisan al hombre que corre explorando las calles y que posteriormente descubrirá los caminos de la periferia del pueblo.

—¿Cuántas conocieron nuestros padres? ¿Una? Nosotras llevamos tres. Ya estamos un poco viejas. —Viejas de cuerpo pero jóvenes de espíritu, amiga. Ha tenido mala suerte durante una temporada. Esperemos que esta vez sea feliz durante más tiempo, se lo merece, es un buen hombre.

—Desde luego que sí.

Una nueva vida comienza en Dulsin, un peculiar pueblo vacacional, el cual oculta miles de cosas de forma recelosa. Aunque en alguna que otra ocasión, desvele sus secretos a voces.